

ALBERTO ZUM FELDE

EL OCASO

DE LA

DEMOCRACIA

Z I G - Z A G

EL OCASO DE LA DEMOCRACIA,

por Alberto Zum Felde.

He aquí un libro de un excelente autor. Alberto Zum Felde es una demostración viviente de que se halla lejos de extinguirse en el Uruguay el talento crítico, que alcanzó su más alto vértice con José Enrique Rodó, el inolvidable autor de "Ariel".

Alberto Zum Felde, autor de este importante estudio, ha alcanzado un vasto y alto renombre en todos los países de habla hispana, por su labor de crítico y ensayista, en la que se destacan obras como "Proceso y Crítica de la Literatura Uruguaya", estudio orgánico en tres volúmenes; "Estética del novecientos", aguda exégesis de las grandes corrientes del arte en nuestro tiempo; "Alción" y "Aula magna", dramas filosóficos que reflejan las más profundas inquietudes de la conciencia contemporánea. Ahora, con la claridad de visión y la independencia de juicio que han caracterizado su labor, Zum Felde aborda en esta obra, hasta ahora inédita y que tendrá repercusión en toda América, el estudio del más palpitante de los problemas que agitan actualmente al mundo.

Seguramente, no todos los lectores están de acuerdo con los juicios e ideas fundamentales de este libro, pero lo que puede anticiparse es que, en estos instantos en que ya se han definido las corrientes que se disputan el predominio —la acción y el gobierno— en uno y otro hemisferio, la publicación de una obra como EL OCASO DE LA DEMOCRACIA, por un autor como Alberto Zum Felde, es de una oportunidad y significación excepcionales.

Nos cabe la satisfacción de haber acertado una vez más en nuestro afán de ofrecer a nuestros favorecedores lo mejor que en cada momento produce la cultura del mundo.

•

Empresa Editora Zig-Zag.

EL OCASO DE LA DEMOCRACIA

BIBLIOTECA DE CULTURA

Es propiedad. — Derechos reservados. — Inscripción N.º 6591. — Copyright by Empresa Editora Zig-Zag. (S. A.) — Santiago de Chile, 1939.

ALBERTO ZUM FELDE

EL OCASO
DE LA
DEMOCRACIA

(Apuntes de una Nueva Filosofía Política.)



Z I G - Z A G



OBRAS DEL AUTOR ALBERTO ZUM FELDE:

- PROCESO HISTORICO DEL URUGUAY. (Esquema de una sociología nacional), 1920.
- PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY Y CRITICA DE SU LITERATURA (tres vol.), 1930.
- ESTETICA DEL NOVECIENTOS (Curso de conferencias dadas en la Universidad de La Plata en 1927), 1927. Edición Librería del Ateneo.
- ALCION (Misterio dramático).
- INDICE DE LA POESIA URUGUAYA CONTEMPORANEA. Santiago de Chile, 1935.
- AULA MAGNA O LA SYBELA Y EL FILOSOFO (Misterio dramático), 1937.

NOTA PRELIMINAR

No diremos de este ensayo de filosofía política, acerca de la realidad de nuestro tiempo, que es "el grito de una conciencia". Su índole, conscientemente antirromántica, esforzadamente objetiva, nos veda el énfasis lírico de aquel grito. Digamos mejor que es la respuesta de una conciencia lúcida —que no quiere engañar ni engañarse— a la demanda imperiosa de los hechos, que nos golpea y nos sacude, despertándonos violentamente a la evidencia de una verdad desnuda y tremenda.

No podemos rehuir la respuesta a esa realidad, porque ella nos condiciona, sin evasión. Es menester afrontarla resueltamente, sin prejuicio y sin miedo. Problema con cuernos, como diría Nietzsche, nos mata o le matamos. El dilema es de hierro.

El hecho primario que tenemos frente a nosotros, con el carácter ineludible de una objetividad histórica inmediata, es la crisis del orden político y social del mundo, fenómeno en cuya vasta complejidad va involucrado, necesariamente, el orden positivo de la cultura.

Las normas del régimen democrático liberal, que nos legara, como conquista definitiva de la Razón, el siglo XIX, van siendo arrastradas por el desborde inmenso de las fuerzas históricas, cuyo avance incontenible parece obedecer a una fatalidad de los tiempos. Europa, la gran usina de la civilización occidental, va en camino de ser casi toda dominada por el imperativo de esas fuerzas, cuya naturaleza trágica es ajena a los postulados del racionalismo jurídico, preestablecidos.

Las tres cuartas partes del territorio y de la población de Europa están ya bajo el régimen dictatorial que requieren la mística nacionalista y militar, por una parte, y el "mesianismo" marxista del proletariado, por otra; dos fuerzas pragmáticas, cuyo antagonismo coincide en la negación de la libertad individual, tal como se la había entendido y practicado hasta ahora.

De las grandes potencias, sólo Francia e Inglaterra, de aquel lado del Atlántico, y los Estados Unidos, de este lado, se mantienen todavía dentro del sistema jurídico liberal, resistiendo al doble embate de las fuerzas contrarias, las que se ejercen desde fuera, y las que conspiran dentro de ellas mismas. Pero he aquí que las propias naciones democráticas van teniendo que someterse, en gran parte, a las condiciones de hecho planteadas por los gobiernos imperiosos. Vense obligadas a claudicar de ciertos principios jurídicos establecidos en el estatuto de la Sociedad de Naciones, para salvar el riesgo inminente de una nueva guerra mundial, cuyas consecuencias catastróficas serían incalculables. El optimismo del plan wilsoniano ha quedado anulado de hecho por la presión de la realidad histórica; no resta de él, en pie, más que un armazón vacío y desvencijado, lamentablemente inútil e incómodo, aun para sus propios sostenedores.

Más aún; es la misma vida política interna de las potencias liberales europeas, que está sufriendo la influencia de factores predominantes en el exterior. Para adaptarse a las condiciones de hecho de la realidad internacional, modificando las normas de su política diplomática, se ven en la necesidad de modificar también, y previamente, el carácter de sus gobiernos.

Las tendencias "conservadoras" van tomando las riendas del Estado, desplazando el predominio ideológico de las izquierdas. Las necesidades de la propia defensa nacional —en todos sentidos, y no sólo en el militar— determinan una inclinación cada vez más marcada hacia el realismo po-

lítico; es decir, que se defienden de las dictaduras acercándose a ellas.

Nuestra antigua Metrópoli colonizadora parece en vías de convertirse al régimen militar de la Falange. La segunda república española, en la que llegaron a primar, a poco de constituida, las tendencias marxistas, está a punto de caer bajo el empuje de la reacción nacionalista, al cabo de la más cruenta de las guerras civiles que registra la historia contemporánea. La consumación de este hecho significaría, por sus repercusiones, una victoria de alcance mundial para las tendencias totalitarias; de ahí que sea mundial y no sólo español, el problema de España.

El influjo antiliberal ha cruzado el Atlántico, en virtud de esa comunidad de civilización existente entre Europa y América, que identifica, en muchos sentidos, sus fenómenos. Ya en México y Brasil, el liberalismo democrático ha sido abolido, en beneficio de los regímenes estatales autoritarios, si bien de tendencias sociales divergentes en ambos países. Y en muchos otros, la lucha de esos antagonismos está en tablada, más o menos visible, en la superficie.

Es demasiado evidente, en suma, que si los Estados de régimen liberal y parlamentario no logran rápido predominio internacional sobre las dictaduras, tendrán que virar ellos mismos, por imperiosa necesidad de defensa vital, hacia formas de gobierno semidictatoriales. ¿Podrán las potencias liberales que aun siguen en pie lograr ese predominio universal dentro del tiempo perentorio que exigen las circunstancias?...

Todo parece inducir al pesimismo, por cuanto el hecho concreto es que, hasta el momento, la política nacionalista autoritaria ha ido creciendo en poderío y en influencia, extendiendo su campo de acción en ritmo acelerado. Correlativamente, los propios países de régimen jurídico liberal ven-se en la necesidad de rectificar sus normas para adaptarlas a las condiciones reales de la hora.

Y al unísono con la propagación y el influjo de las di-

rectivas políticas antiliberales, acontece el hecho, más medular y trascendente, de una evolución en las ideas normativas de la cultura, en todos sus órdenes, la cual pasa a ser, en gran parte, o por entero, un órgano del Estado, dirigido de acuerdo con sus finalidades históricas. Así, la supeditación del individuo a la sociedad va cobrando, en este tiempo, el carácter de una ética necesaria. Todo, y en suma el hombre mismo, tiende a ser sometido a la Razón de Estado.

Tal la desconcertante realidad frente a la cual nos hallamos, y a cuyo forzoso planteamiento, este libro —o esbozo de libro— aspira dar respuesta; respuesta libre de todo preconcepto doctrinario y de toda militancia política, pues que su autor está situado en aquel único plano de pensamiento desde el cual es posible ensayar el juicio crítico: "au dessus de la mêlée"...

A. Z. F.

PRIMERA PARTE

LA COMEDIA DE LA DEMOCRACIA

SIGNO PRAGMATICO DE NUESTRA HORA.

Es necesario pagar tributo al César. La imperiosa realidad del mundo obliga al hombre que actúa en esta hora crítica de la cultura occidental, a enfrentarse, de manera resuelta, con los problemas de orden positivo. No es posible rehuir la demanda de esta realidad de la hora, porque ella se alza delante de nosotros, atajándonos el paso. No hay torre de marfil que valga. El aire de la calle ha invadido los severos gabinetes de estudio, donde la filosofía se inclinaba en largas meditaciones sobre los libros; y el tumulto del Agora llena con sus polémicas apasionadas el silencio intelectual donde antes se elaboraban las ideas.

Las ideas mismas han abandonado el gabinete del Dr. Fausto, y han salido a la calle trocadas en combatientes. A la Conciencia no le queda otro camino que seguirlas, so pena de quedarse en la soledad de un vacío metafísico, al margen de la vida humana, y sin voz. La conciencia del intelectual pierde hoy la voz, a menos que hable en la plaza; porque todo interés está ahora allí, y no quedan oídos para las palabras que no tengan contacto con la acción.

Hora de acción es ésta, y aun de guerra, tal vez como otra alguna de la Historia. Y, en consecuencia, toda verdad que no sea pragmática, deja de poseer algún valor. Se han invertido los términos del movimiento. Ya no son los conceptos los que determinan la posición; es la posición la que determina los conceptos. La Voluntad ha sustituido a la Razón. Lo que opera en la realidad político-social de ahora son

las fuerzas de un sino histórico, movido por leyes más profundas y poderosas que el pensar filosófico de los hombres.

Sin llegar al fatalismo naturalista que inspira "La Decadencia de Occidente", comprendemos que aquel proceso, que el Monstruo del Silogismo llamó "dialéctica viva de la historia", es, en este trance de nuestro siglo, una fuerza casi cósmica que nos arrastra, obligándonos a adoptar posiciones definidas. Hay que ser o no ser, estar o no estar, sin que sean ya posibles, prácticamente, soluciones de ecuanimidad crítica.

En tiempos de guerra intestina no puede haber neutrales. Y la sociedad humana, universalmente considerada, se halla en un estado de guerra, que es más o menos agudo y violento, en unas o en otras partes, pero que no deja de afectar a ninguna, en la creciente intensidad de sus términos.

II

LA ANGUSTIA DE LA CIVILIZACION CONTEMPORANEA

Un hecho se presenta como evidente a todo juicio, y es que la civilización occidental ha entrado en una crisis general y de fondo, que afecta a toda su estructura, y que impone la necesidad vital de una revisión de principios.

No sólo las formas están en crisis; lo están también los valores. No son externas las causas que han producido esta descomposición del orden constitutivo de los pueblos, sino intrínsecas; provienen de la propia caducidad de sus premisas, en relación con las nuevas condiciones de la vida humana. Pero estas condiciones son a su vez producidas por el desenvolvimiento de sus propias tendencias morfológicas, en la realidad de los hechos sociales.

La civilización se ha desarrollado en un sentido determinado por sus tendencias, y ha llegado a un momento de su evolución en que los resultados concretos de la experien-

cia han entrado en conflicto violento con las normas teóricas establecidas. Los hechos han desbordado las normas; las estructuras han sido requebrajadas, y la realidad social viviente se agita buscando nuevas adaptaciones morfológicas, que correspondan a sus necesidades.

El desarrollo de la ciencia positiva, el maquinismo productor, la democracia política, la extensión de la cultura intelectual, todo lo que integra y constituye ese complejo de factores que llamamos Progreso, y que es, en verdad, la propia ley intrínseca de nuestra civilización occidental moderna, todo eso es, asimismo, lo que ha conducido necesariamente a este estado de crisis del organismo histórico, en su entidad común y en cada uno de sus individuos.

III

NECESIDAD DE UNA REVISION DE CONCEPTOS

El hombre va, pero no sabe adónde; así también las civilizaciones. Las sociedades ignoran su destino, tanto como lo ignora el individuo. Pero suelen padecer la ilusión de que su desarrollo es una continuidad rectilínea, un perfeccionamiento indefinido, fiel a las normas teóricas que se ha trazado de acuerdo con sus principios.

Sin embargo, el progreso es un proyectil cuya trayectoria no se ajusta precisamente a la dirección que le ha impreso el tirador. Hay, en el desenvolvimiento de la civilización, factores autónomos, no obedientes a la voluntad del hombre, ni previsibles por su saber, y que determinan consecuencias distintas a las de sus propósitos, planteándole problemas ineludibles, que no puede resolver dentro de sus fórmulas consagradas.

El pensamiento teórico, en su ambición dominadora, se adelanta a la realidad histórica, formulando previsiones más o menos lógicas. Mas, he aquí que la realidad no res-

ponde a tales previsiones, de un orden intelectual, que carecen del sentido profundo de la profecía. El hombre ha elaborado racionalmente sus utopías sociales de futuro; pero la utopía es precisamente lo contrario de la profecía; porque ésta es intuición profunda de la realidad y aquélla sólo abstracción ideológica.

Y es así que todos los seguros cálculos —y aun los de probabilidad— fraguados por la filosofía del siglo XIX, y por la de esta primera mitad del Novecientos, han sido fallidos. La historia ha seguido caminos muy diferentes a aquellos que nuestros "sabios" habían trazado en el mapa desierto del porvenir.

Ninguna de las tendencias que empujaban el desarrollo de la civilización moderna ha conducido a los resultados que se creían y esperaban, sino a otros, no previstos. Después de un siglo y medio de "progreso", nos hallamos en una posición que no es precisamente aquella que nos habían enseñado nuestras matemáticas.

Nada ha sucedido como lo pensáramos. Ni la ciencia, ni el maquinismo, ni la democracia, ni la ilustración han respondido a la fe que nuestros padres pusieron en ellos, y que nosotros recibimos en herencia de nuestros padres. Todos los valores positivos de la civilización actual han burlado los ideales del hombre racionalista de nuestros tiempos; y juzgados por sus efectos, en relación con aquellos ideales, aparecen como falsos valores.

Quizás no lo sean en sí mismos, y cambie su valoración si se les llega a considerar en relación con otro concepto de la realidad humana, con otro ideal de futuro. Pero entonces, ya su función positiva no sería la misma que hasta hoy ha sido, ni su práctica se ajustaría a las normas racionalistas. Al cambiar de norma y de función, cambiaría de sentido y aun de valor; porque todo valor lo da la función, y toda forma, el sentido.

Pero ahora debemos enjuiciarlos, no desde el punto de

vista del nuevo orden que será, sino del punto de vista del orden en cuya crisis fundamental y violenta nos debatimos. Es con respecto al régimen de civilización científica, maquinística y democrática, que nos interesa encararlos. Pues, de lo que se trata es de formarnos conciencia del fracaso práctico de ciertos valores en la realidad histórica, para ser capaces de superar el desconcierto, y disponernos a adoptar aquella actitud activa que nos salve de la muerte de nuestros viejos valores.

IV

CONFLICTO ENTRE LOS PRINCIPIOS Y LA REALIDAD

De lo que se trata es de no cerrar los ojos a la comprobación de la realidad, por más que ella niegue la vigencia de los viejos ideales que recibimos en patrimonio, y que considerábamos hasta ahora como formando parte de nosotros-mismos, de nuestra estructura moral. No cerrar los ojos al desengaño, más aleccionador que los libros, para refugiarnos en la fortaleza de un principismo recalcitrante, pretendiendo detener el curso de la historia; tal nos lo exigen los tiempos.

Dejemos que los muertos entierren a sus muertos; no nos convirtamos en tristes guardadores de tumbas; ni en vírgenes vestales alimentadoras del fuego sagrado de un culto sin esperanza. Los mitos del idealismo racionalista han perdido entidad; y sus oráculos son voces que llegan de un continente sumergido por las aguas del diluvio. Fantasmas de la razón, esos ideales, preciso es reconocerlo, nunca fueron más que mitos... Ellos tuvieron la vida que les prestaba el énfasis de nuestros padres; eran los signos de su optimismo intelectual, que infundieron a la generación de este siglo su magisterio del error.

¿Lograron alguna vez realización positiva esos "prin-

cipios" del racionalismo teórico, consagrado por la filosofía de los últimos siglos?... ¿Gobernaron ellos verdaderamente las cosas del mundo? ¿Tuvieron forma objetiva, fuera de los tratados, y corporeidad más allá del discurso?... Las teorías, ¿fueron algo más que teorías, en el plano de experiencia del hecho histórico?... El verbo de la razón, ¿se hizo carne?...

Una revisión severa, sin prejuicios —una revisión emprendida desde las nuevas posiciones alcanzadas por la conciencia contemporánea, en vista de los resultados históricos de la experiencia—, nos obliga a reconocer que la teoría y el hecho han andado por caminos apartes, y que, entre los Principios y la Realidad, ha mediado el abismo de una equivocación sistemática.

Probablemente nunca se dió en la historia de las civilizaciones humanas, el fenómeno paradójal de ese conflicto entre las estructuras artificiales de la razón y las formas verdaderas de la realidad empírica, que vemos producirse, como características de este período de la cultura occidental, que comprende los últimos ciento cincuenta años.

Mientras las cabezas han vivido en el plano teórico de las ideas, el mundo marchaba según las leyes de una realidad subconsciente. Estado de sonambulismo ideológico puede considerarse el que ha dominado la conciencia de nuestra civilización en la época que trasponemos.

La clase intelectual dirigente —y por su influjo didáctico, la masa vulgar, que sigue al núcleo —creía que la realidad de la vida pública estaba contenida y conformada por las estructuras artificiales creadas por la razón, y que su ritmo y su desarrollo se operaban conforme a las normas y a los fines trazados por sus conceptos.

Pero semejante al piloto que ha equivocado el rumbo sin saberlo, y navega por zonas muy distintas a aquellas que supone, nuestra conciencia se ha encontrado hoy entre los escollos de los problemas universales provocados

por aquel equívoco. La crisis de la civilización que ahora sufrimos no es más que la consecuencia necesaria de ese conflicto fundamental entre la realidad y la razón, entre el pensamiento y la vida, que creó el sonambulismo filosófico del siglo pasado, y heredamos nosotros, la generación de este siglo que se formó en sus cátedras.

V

QUIEBRA DE LA RAZON TEORETICA

El mundo vivió siempre dentro de un orden conformado según las leyes de la realidad; las civilizaciones estaban fundadas sobre esas leyes, cuyo conocimiento no provenía del método científico sino de la intuición natural. No había divorcio entre la conciencia y la vida, puesto que el hombre era normalmente consciente de la realidad dada, y no pensaba en substituir sus modos necesarios por principios teóricos, hijos de su idealidad especulativa.

La cultura grecorromana, como sus viejas antecesoras, la egipcia o la persa, estaban pragmáticamente fundadas sobre la realidad del hombre; su ordenación funcional se conformaba al hecho primario y necesario de la naturaleza de las cosas humanas.

Sin poseer el instrumento de nuestra ciencia positiva, eran positivamente más sabios que nosotros; en las cosas fundamentales, sabían por evidencia del "sentido común" lo que, después, nuestra dialéctica ha confundido.

¡Qué desprecio infinito siente el orgullo filosófico de nuestro tiempo por el sentido común, cosa pedestre!... Y, sin embargo, el "realismo" de las culturas antiguas estaba fundado sobre ese sentido, que por ser el sentido mismo de la realidad, fué el valor práctico predominante en la humanidad, hasta el siglo XVIII...

Pues, aun el mundo cristiano que sobrevino al derrum-

be de la cultura grecolatina, aun el propio mundo del espiritualismo religioso más dominante que conozca la historia, se asentaba sobre bases realistas; el imperium de la iglesia universal tenía cimientos romanos; el orden católico, como las catedrales, elevaba al cielo sus torres místicas, pero estaba edificado sobre la solidez de la piedra.

Tampoco el Renacimiento se engañaba; el hombre de la conciencia humanista no perdió el sentido de la realidad empírica, la intuición inmediata, la evidencia del orden necesario de las cosas humanas. No suplantó, subversivamente, los hechos por las abstracciones.

Sólo a partir del día en que el hombre dijo: "Mi razón teórica es la medida de todas las cosas", y pretendió ordenar el mundo según las normas de su geometría ideológica, se produjo ese fenómeno especial de desequilibrio entre la Realidad y la Cultura, de conflicto entre la Vida y el Intelecto. Esta ha sido la gran aventura de la conciencia contemporánea, desgraciadamente fallida.

Acaso esa tendencia a conferir a la razón dialéctica la preeminencia y la prevalencia con respecto a la realidad viviente —identificando el ser con el pensar, y haciendo del saber la medida del ser...— ha sido (y sigue siendo), en cierto modo, inherente a la filosofía de la razón, desde su definición socrática.

Pues, apoyándose la personalidad sobre el razonar, y no sobre el ser (aquí aquello de Nietzsche: "Llega a ser el que eres", que nadie ha comprendido hasta hoy...), el puro razonar, y el producto del puro razonar, aspira a convertirse en el valor imperante, supeditando a su omnímoda soberanía no sólo todo el orden de la conciencia, sino también todo el orden de la existencia misma.

Lo fundamental del conflicto está en que la razón teórica tiende de suyo a geometrizar y aritmetizar la vida, porque su esencia conceptual es de índole matemática. Al elevarse al concepto general abstracto de las cosas, al con-

cebir las leyes universales, pretendiendo así llegar a lo absoluto, no sólo destruye la multiplicidad viviente, reduciéndola a un esquema rígido, contrario a la realidad (como ya lo ha explicado ampliamente M. Bergson), sino que su proceso de síntesis simplificadora cae fatalmente en la aberración del paralogismo. Así la Razón, en vez de servir a la vida, destruye la vida, y entra en conflicto fundamental con la realidad, creando una cultura falsa.

No conforme su ambición con el dominio de lo relativo, la razón ideológica aspira a lo absoluto; y llega así a esa cúspide fabulosa del idealismo hegeliano, en que se yergue el "monstruo frío" de la dialéctica, supremo artífice del Paralogismo, no obstante haberle llamado Schopenhauer "charlatán sin genio ni gusto"... Y no sin verdad observa, a propósito de su sistema, un agudo crítico francés de su tiempo, que el método hegeliano no es sino el cálculo infinitesimal llevado a la lógica...

Pero así como la vida trasciende infinitamente al método lógico, la conciencia humana es más grande que la razón dialéctica. De las profundidades intuitivas del ser pensante, viene el poder del equilibrio que, conteniendo en su límite y función natural a la razón lógica, restablece el orden verdadero de las cosas humanas.

El racionalismo teórico no es sino el uso vicioso de la razón natural, lanzada fuera de su función propia, lo que rompe el equilibrio del ser y del pensar mismo, en cuanto pensar es función del ser. Y es en ese sentido que la conciencia moderna ha estado y está aún enferma de racionalismo, no obstante la crítica kantiana, autocrítica, que es algo así como la razón devorándose a sí misma, dentro del círculo vicioso, infranqueable, de la dialéctica.

Y este desequilibrio racionalista crónico —con sus períodos de crisis más o menos agudos— se manifiesta en todas las formas de la cultura occidental de esta época, aun en aquellas que, como el Positivismo Científico, pretendieron

apartarse, mediante el método experimental, de los postulados dogmáticos del racionalismo.

VI

POSITIVISMO E IDEALISMO

El Positivismo Científico, que sigue siendo, a pesar de su decadencia, uno de los factores principales en la cultura general de nuestro tiempo, no es en verdad más que una de las formas del imperium racionalista, en cuanto racionalismo significa predominio del paralogismo teorético. Porque ha sido, y es, él mismo, la más teorética, acaso, de las formas del saber lógico, tan viciada de dogmatismo como el propio racionalismo dogmático del siglo XVIII.

Mas no sólo por ese vicio de lógica, el positivismo cabe íntegramente dentro de la definición negativa del racionalismo; hay más: y es que él ha seguido rindiendo culto, prácticamente, a los "ideales" valorativos de pura cepa racionalista.

El Positivismo Científico carece, en sí mismo, de valores de orden ético, de principios ideales; los ha pedido prestados al idealismo racionalista, al que sucedió; podría también decirse que los recibió en herencia, al heredar su universal reinado en la cultura del Occidente. Aunque el idealismo racionalista declinó, como dogma confesional, hacia la mitad del siglo pasado, para dejar su trono a la Ciencia —cuyo imperio claudicante llega hasta nuestros días—, sus viejos principios de valoración ética y política han seguido nutriendo la médula misma de nuestra cultura, disimulados bajo las fórmulas del Positivismo, que se los incorporó, adoptándolos, a falta de los suyos propios.

Todos los postulados del Derecho Político de nuestro tiempo son de aquella cepa racionalista dieciochesca; pues que la Ciencia, fiel a su método, sólo puede constatar he-

chos físicos, leyes naturales; pero no puede, legítimamente, arrogarse la facultad de crear valores morales, de emitir juicios de valor en el plano moral, ya que éstos no están en la naturaleza, incluyendo al hombre, y tal como el determinismo científico la entiende, es decir, ateniéndose exclusivamente a los fenómenos físicos; con lo cual dicho está que el positivismo, al reconocer título de veracidad sino a las categorías *tempo* —especiales, en virtud de las cuales estructura toda su teoría de la realidad—, es implícitamente materialista.

El positivismo ha tenido, pues, que dividirse en dos planos: el de la teoría científica pura y el de la ética práctica; su método de conocimiento es uno y su actitud moral es otra; y no sólo éste es ajeno a aquél, sino que es, en gran parte, contradictorio.

Un psicólogo científicista puede, así, negar absolutamente la existencia del Espíritu o el albedrío de la conciencia humana, reduciéndolo todo al determinismo psico-físico, y, sin embargo, afirmar solemnemente el imperativo de los "deberes morales" y de los "ideales morales". La expresión misma "ideales morales" es frecuente en la pluma de ciertos conocidos ideólogos materialistas, convictos de ateísmo teórico.

Esta paradoja del positivismo idealista entraña una actitud contradictoria, y determina la falsa posición en que se ha encontrado la cultura contemporánea, toda apoyada sobre esa paradoja. Pues, atendido rigurosamente a sí mismo, el científicismo no puede sustentar ninguno de los principios "ideales" que informan nuestra cultura. La ciencia, como tal, constata hechos de sentido íntegramente contrario a esos principios dogmáticos del idealismo racionalista que ella profesa.

VII

EL PRINCIPIO DE LA IGUALDAD HUMANA

Tal el principio de la Igualdad, por ejemplo. El estudio de la naturaleza humana nos da, permanentemente, el hecho de una desigualdad congénita de aptitudes en todos los individuos, una vastísima diferencia de calidades, una escala de jerarquías. Tanto el vigor físico como la inteligencia, tanto la fuerza del carácter como la moralidad misma, están repartidos entre los hombres en proporción tan distinta, que establecen, necesariamente, categorías jerárquicas de hecho.

La naturaleza parece más bien regirse por una ley de selección cualitativa, ley arbitraria, si cabe la paradoja, en cuanto escapa a toda regla científica, y nos son desconocidas sus razones; ley que parece casi azar, y que nada tiene que ver, por cierto, con el principio igualitario de la democracia cuantitativa.

Un criterio científico riguroso —aunque no necesariamente materialista— tendría que empezar por reconocer ese hecho natural, ajeno a la voluntad y a la razón del hombre, para luego inducir un orden moral y político de acuerdo con la realidad inmodificable. Pero ocurre que la cultura científica de nuestra época —de fondo materialista, por añadidura— admite el postulado de la igualdad política inventado por el racionalismo enciclopedista de la Revolución Francesa, y hace de él un sacrosanto "noli me tângere" del Derecho, bajo pena infamante de excomunión para el hereje.

Si la ciencia, en lugar de ser el órgano por excelencia del materialismo racionalista (aunque la obligan a ser "idealista" en su ética...), fuese en verdad el órgano metódico de conciencia de la realidad empírica, sin preconceptos teóricos, habría que convenir en que la desigualdad es la

condición real del hombre, y que, por ende, toda sociedad humana es y debe ser organizada sobre el principio de la desigualdad.

Además, no se trata sólo de un hecho bruto, que la razón pueda y deba corregir en beneficio del orden moral; se trata de un hecho tan profundamente, tan intrínsecamente relacionado con la propia naturaleza específica del hombre, que modificarlo sería alterar el orden de lo humano en sus fundamentos. La desigualdad proviene de la ley de selección; y esta selección, a su vez, no puede hacerse efectiva sino mediante el hecho de la desigualdad.

La especie humana, biológicamente considerada, pertenece al número de aquellas cuyas cualidades se definen por selección, es decir, por diferenciación cualitativa de la persona con respecto a la de la generalidad, a la masa, por cultivo individual, y no colectivista, en oposición a esas otras especies, cuya ley es la uniformidad colectiva. Colectivismo y selección son términos opuestos, en cuanto atañe al hombre.

Las virtudes propias del tipo humano sólo alcanzan su desenvolvimiento en el cultivo calificado de las minorías, cada vez más reducidas, como círculos concéntricos, según las jerarquías del refinamiento. De ahí que cierto grado de individualismo y de aristocracia sea absolutamente necesario en el orden humano, para que la humanidad no pierda sus altas categorías del ser, y la cultura sus más preciosos valores.

Una sociedad de tipo igualitario y colectivista sería esencialmente contraria a la ley intrínseca de la humanidad, categórica ley de orden divino, ley de la vida y del espíritu, en una misma finalidad immanente.

Para la conciencia religiosa, por ejemplo, la desigualdad humana está dentro del orden real creado por Dios. Para el supremo juicio o el amor supremo de Dios, todas las criaturas podrán ser iguales; esto pertenece al orden de sus

misterios. Pero no lo son en la realidad concreta de la vida; y la vida real se rige por las leyes de la realidad, no por las de la celestialidad. Y para compensar los rigores de la ley natural, le ha sido dado al hombre el sentimiento de la caridad. Pero el orden místico de la caridad no tiene por fin anular el orden de la realidad, sino dulcificarlo. Cada plano de existencia y deconciencia tiene su orden, sus leyes. Así está dispuesto por Aquél cuyas razones no son discutibles para la Razón, aunque el racionalismo pretende hacerlo; y aun más, hasta pretende enmendar la plana de la ley.

Pero los resultados de esa insensatez pedantesca de la razón ya los hemos visto en gran parte. Son la confusión y la degeneración de los verdaderos valores del espíritu y de la vida. Cuanta más efectividad lograra alcanzar el principio falacioso de la igualdad colectiva standard, tanto más el hombre y su civilización se resentirían en sus virtudes más intrínsecas y valiosas. La cultura se vaciaría de toda espiritualidad, reduciéndose a mera mecanización intelectual didáctica; el tipo humano perdería sus más preciosos dones de fineza, "esprit de finesse"; la vida misma, estética y moralmente considerada, tomaría un carácter de vulgaridad con una total ausencia de estilo. La personalidad sería anulada.

¿Algo de esto no ocurre ya, hasta cierto punto, en aquellos lugares del mundo, donde el principio igualitario colectivizante ha conseguido un mayor dominio de sus normas políticas y culturales sobre la realidad profunda de la vida?...

Pero la cultura científica (asistida por los postulados idealistas...), tal como hoy se profesa, no sabe ni puede saber estas cosas, porque carece del sentido intuitivo de los valores vitales, tanto como de los espirituales genuinos; y es tan incapaz de comprender el fondo de la realidad humana, como el de la realidad divina.

VIII

LA REALIDAD VIVA Y LAS ESTRUCTURAS RACIONALES

Lo curioso es que, aparentemente, todo se ha desarrollado dentro del orden de las estructuras culturales; y realmente, se ha desarrollado aparte y a pesar de ellas; no según sus normas convencionales, sino en virtud de los agentes necesarios. Esto ha ocurrido así, al menos en cuanto era de exigencia primaria para el orden fundamental de las cosas; porque, de no haber sido así, hubiese sobrevenido el caos humano. En lo secundario, en lo accesorio, la vida ha solido plegarse, más o menos relativamente, y no sin pena ni daño, a las formas culturales.

La paradoja fundamental de nuestra cultura ha determinado que no sólo la cultura y la realidad hayan marchado por caminos distintos, sino que el orden necesario de la realidad haya seguido siendo posible, en la medida que los principios racionalistas han sido prescindidos, y por tanto, prácticamente negados; pues que, siendo esos principios artificiosos, antipodas de las leyes eternas de la realidad humana —tal cual ella es, según el conocimiento vivo de la experiencia, y no tal cual debiera ser, de acuerdo con los dictados abstractos del idealismo—, concretamente el orden humano y la vida misma hubieran sido desquiciados hasta sus más íntimas fibras, si la propia realidad no se hubiera defendido del mal, con el natural imperio de sus leyes.

Más fuerte que el error ideológico de los hombres, la necesidad real se ha impuesto por medio de las constantes transgresiones prácticas a los principios racionalistas. Merced a estas permanentes herejías contra el dogmatismo ilusorio de la teoría —merced a esta especie de pragmatismo subversivo del orden abstracto—, la civilización misma, en cuanto tiene de valores vitales, esenciales, no se ha convertido en el paraíso de los lógicos.

Se ha evitado el desastre; pero no se ha evitado la enfermedad. El influjo del dogmatismo teórico sobre la plasticidad viviente de lo real, ha sido lo bastante perturbador como para crear este estado de desequilibrio y de anormalidad en que nos debatimos, esta doble crisis de la cultura y de la vida, que es el problema angustioso del siglo que atravesamos.

Semejante a un organismo afectado por los vicios que en él provoca la insensatez mental del individuo, la realidad histórica de nuestro tiempo está profundamente afectada por las aberraciones de una cultura intelectual ficticia, que pretende suplantarlo, con las teorizaciones de la dialéctica, el orden necesario de la naturaleza humana.

La norma ficticia, producto de una filosofía que, creyéndose sabia, es ingenua, no ha podido imperar sobre la realidad viviente, inhibiendo las leyes específicas de lo humano; pero ha producido en la humanidad de esta hora agitada y confusa, un estado de anormalidad neurótica. La enfermedad del siglo ha hecho crisis en estos últimos años, abocándose a la imprescindible necesidad de reaccionar contra los factores del mal.

No basta la terapéutica ocasional que levante al enfermo y le permita proseguir su vida enclenque. Es menester curar la misma anormalidad sistemática, atacando las causas del mal en sus principios, para restituir el orden humano a su equilibrio verdadero.

Y de ahí que se imponga —como la más vital demanda de esta hora— la revisión fundamental de los llamados "valores" de nuestra cultura. Porque a esta altura del proceso histórico contemporáneo, no podemos dudar ya que la causa general de esta enfermedad del siglo es la contradicción entre lo concreto y lo abstracto, entre la realidad y la teoría, entre la vida y la cultura.

Si este desequilibrio entre los polos de lo humano, lo vital y lo racional, se ha producido —como queda dicho—

desde el momento en que el hombre de nuestra época cayó en el error de hacer de su intelectualidad pura la norma de todas las cosas —o en otros términos, desde que el hombre occidental pretendió racionalizar formalmente la vida—, los factores del mal es preciso buscarlos en aquellos mismos principios de racionalización normativa, que han constituido los postulados ideales de la cultura contemporánea, y en virtud de los cuales se han estructurado nuestros modos de vida.

También podría decirse torturado, porque la realidad humana ha sufrido verdaderas torturas para conformarse, muy relativamente, a esos modos impuestos por la teoría, no lográndose al fin otro resultado que deformarla, creando esa situación de conflicto fundamental y permanente, que ha hecho crisis en esta hora.

IX

VALORES FICTICIOS DE NUESTRA CULTURA

Toda lucha del espíritu con la materia significa tortura, ciertamente; y esta lucha parece ser la condición humana. Pero es muy distinto el sentido que esa tortura adquiere cuando se trata del espíritu religioso, por ejemplo —que expresa los anhelos inherentes a la naturaleza espiritual del hombre—, y del espíritu como forma meramente racional, que pretende erigir sus teorizaciones ideológicas en norma de la vida humana.

El mundo de la vivencia religiosa es una realidad también, si bien su naturaleza es sobrenatural; pero el mundo de la teorización racionalista no entraña vivencia; es puramente lógico, y aspira, sin embargo, a regir el orden de la realidad, ignorando o desdeñando las leyes necesarias que rigen eternamente el hecho humano.

El ideologismo normativo de nuestro tiempo nada tiene

que ver con la conciencia religiosa, cuyos fines ontológicos se refieren a la vida eterna, y cuyas disciplinas atañen a la conducta trascendental de los hombres. El ideal religioso pertenece al reino de las "almas" y no al de las "ideas". Las "razones del corazón" son vivencias, no teorizaciones ideológicas.

Y, precisamente, una de las más fundamentales y terribles fallas del idealismo racionalista de nuestra cultura, es que carece absolutamente de valor experimental, científico o místico. Su entidad puramente abstracta crea los valores ficticios de nuestra cultura, provocando la crisis conflictual que es el problema de esta hora.

X

LA EXPERIENCIA HISTORICA

Identificada la conciencia intelectual del siglo con los valores ficticios de nuestra cultura racionalista, ante el embate de la crisis presente, que le amenaza de derrumbe, ha alzado una bandera de acción mundial: —"En defensa de la Cultura"...

Y aquí nos preguntamos: —¿En defensa de qué cultura?... ¿Qué es la cultura que se trata de defender? ¿Cuál es el valor real de sus valores? ¿Qué es lo que está verdaderamente en peligro, y qué es lo que verdaderamente debe ser salvado? El sentido de esta crisis histórica, ¿no será, precisamente, el de una quiebra de valores?... ¿No será mejor desprendernos de las estructuras culturales con las que nos hemos identificado, y fuera de las cuales nos parece que sólo existe una vuelta a la barbarie, para emprender con la máxima independencia de juicio, es decir, sin prejuicio alguno, la revisión del propio idealismo racionalista en que nos educamos?...

Pero, ¿desde qué plano es posible esa revisión? ¿En qué

posición es preciso estar situado para poder encarar objetivamente esos valores? Todo juicio de valor, ¿no es, necesariamente, un juicio a priori?...; luego, ¿qué criterio no-apriorístico podremos aplicar a su crítica?...

Sólo una respuesta cabe, dentro de lo relativo: el criterio de la experiencia histórica. La experiencia del hecho —en su doble faz, social y psíquica, de la realidad del mundo y del hombre— es la única piedra de toque posible para comprobar la verdad o la falsedad de un valor práctico de cultura. Son los resultados negativos de la normatividad de ciertos valores lo que nos induce a reconocer su error. Porque ningún valor normativo de cultura puede ser valioso en sí mismo, sino en relación con sus experiencias; sus resultados dependen de su concordancia con las leyes de la realidad. Si existe incongruencia entre estas leyes y aquellos valores, si éstos pretenden imponer normas contrarias a la naturaleza de las cosas humanas, se produce el estado crónico de conflicto y desequilibrio dentro del orden experimental, arrastrando, finalmente, como todo mal que prosigue su curso, a una crisis peligrosa, en que uno de los dos factores tiene que ser excluido: o vence la cultura o vence la realidad. El triunfo del primero sería negativo para la vida, por lo cual no puede producirse, pues la suprema ley es la de la vida misma, de imperio incontrastable.

¿Entendían de esto aquellos principistas fanáticos que dijeron una vez: "Hágase la justicia aunque perezca el mundo"? Pero el mundo no puede perecer por la justicia teórica de los hombres, que no es tal, si es contraria a la ley fundamental de la existencia, que no es obra humana, racional, relativa, sino divina, absoluta y eterna.

Luego, lo que tiene que perecer, en cierto modo, en esa crisis agónica, es la cultura; vale decir, los falsos valores de una determinada forma de cultura, los errores del idealismo racionalista, en este caso, que determinan el orden ficticio de la superestructura.

El valor y la ley, la cultura y la realidad, tienen que estar de acuerdo en el plano objetivo; si hay contradicción hay incongruencia, y por tanto, falsedad y anomalía. La comprobación de este hecho no ha de limitarse, lógicamente, a tales o cuales casos determinados, en que intervengan factores circunstanciales distinguibles, sino a la generalidad del fenómeno, abarcado universalmente.

Si de este registro universal de la experiencia resulta constatación negativa, la razón misma, la razón práctica, el buen sentido, nos aconseja rectificar las cosas. No siendo rectificable la realidad fundamental, sino en la medida que los valores ideales se acuerdan con sus leyes, lo que se impone es rectificar esos valores normativos, sea en parte, sea en todo, según la inducción de la experiencia.

XI

EL CRITERIO CIENTIFICO

¿Es esto echar mano de un criterio científico, cuya estrechez dogmática hemos rechazado? ¿Y por qué no, si el concepto de ciencia se amplía lo suficientemente para que él abarque el campo entero de la experiencia humana —el campo entero de nuestra conciencia de la realidad viviente—, y no sólo la parte exclusivamente física de la realidad?... Y, sobre todo, ¿por qué no, si desprendemos la ciencia misma, en cuanto método experimental (la intuición, ¿no es experiencia?...), del prejuicio que la ha desvirtuado hasta hoy?...

En todo caso, no se trata de la ciencia basada en la hipótesis. Es de la hipótesis, precisamente, de donde parte ya el prejuicio teorístico que desvirtúa la experiencia.

La ironía —demonio socrático de la Inteligencia— es de tal aviesa catadura, que no hay hipótesis, por arbitraria que sea, que no pueda ser aparentemente confirmada en los hechos. Así también, no hay tesis, por más falaz que fuere, a la

que el buen sofista no pueda dar una apariencia de verdad intelectual. ¿No es sofisma y falacia todo el teoricismos contemporáneo?

La empresa intelectual del tiempo que empieza, no muy fácil por cierto, es liberar el criterio experimental, en sí mismo, del enorme error del preconcepto paralogístico que lo ha viciado hasta ahora.

Pues, ¿qué otro criterio más legítimo y apropiado a esta situación de desconcierto en que el mundo se halla, provocada por la quiebra de los principios de la razón suficiente?... Por otra parte, las limitaciones del dominio experimental en los planos subliminales de la conciencia desaparecen toda vez que se considera como valor de experiencia la propia vivencia consciente. Y no se arguya que el criterio científico también induce a error, puesto que la doctrina sociológica que más pretende tener base científica, el marxismo, está resultando, en la experiencia actual de Rusia, el más rotundo de los fracasos. El marxismo es, precisamente, una teoría y no una experiencia. Su contextura dialéctica y su unilateridad dogmática, basadas en el preconcepto materialista de la historia, que reduce al hombre a la mera categoría de un ente económico, le clasifican totalmente dentro de aquella índole de errores paralogísticos, que son tales, precisamente, por haber salido del campo estricto de la realidad experimental —de la total realidad del hombre y de la historia— para caer en la teorización sistemática de una utopía, fatalmente condenada al fracaso de la prueba.

El materialismo dialéctico, principio y método del marxismo comunista —Lenin completando a Marx—, es la expresión más aguda de esa ilusoria suficiencia de la razón teórica, que pretende imponer a la realidad viva las fórmulas de su apriorismo sistematizador. Y así considerado, el marxismo es el más monstruoso de los artificios pseudocientíficos elaborados por el racionalismo, a espaldas de la íntegra realidad experimental del hombre y de la historia.

El criterio experimental a que nos referimos es ajeno a toda sistematización ideológica, y sólo toma en cuenta los resultados de la experiencia viva, para inducir conclusiones de un orden concreto.

¿Se dirá que este realismo es demasiado empírico para nuestra orgullosa filosofía y significa un renunciamiento a la soberanía de la razón?... Ah, demasiado hemos confiado en la engañosa suficiencia de las teorías para que no se nos imponga el deber de tornarnos un poco más cautos, renunciando a la insensata pretensión de dictar normas ideológicas a la vida...

La sabiduría teórica es una abstracción especulativa; la realidad concreta tiene sus leyes, y la verdadera sabiduría consiste en comprenderlas y acordarnos con ellas. Todo el mal procede del desconocimiento de la ley específica en lo que atañe al orden de la naturaleza humana. Si para ello es preciso romper las tablas de los valores ficticios, restableciendo el orden de las valoraciones verdaderas, ¿qué actitud más sabia podría corresponderle al hombre de nuestro siglo, que ha experimentado la tremenda lección de este fracaso?

Reconocer el fundamental error del dogmatismo racionalista en que nos educaron, la quiebra de una falsa cultura fundada sobre el artificio de sus principios lógicos, es la única actitud que puede todavía salvar a la civilización occidental del desastre histórico de su "sino". La Conciencia vital de nuestro siglo, reaccionando contra el sino de su propia cultura: he ahí la suprema heroicidad reservada como signo de prueba al hombre contemporáneo.

XII

AUTOMATISMOS CONCEPTUALES DE LA EPOCA

Sería casi incomprensible que el pensamiento crítico tan agudo de nuestro tiempo —porque nuestro tiempo no es el del

pensamiento creador sino el del pensamiento crítico— no haya comprobado, hasta ahora, la posición fundamentalmente falsa en que se halla colocada nuestra cultura contemporánea, en lo que respecta a los valores éticos —cuyos principios rigen, teóricamente, al menos— desde el fuero de la conciencia personal, hasta las formas del derecho público...; sería incomprendible, si no constatáramos que el pensamiento mismo del siglo se halla identificado, en su casi totalidad, con esos principios, que son como las categorías formales subconscientes de una psicología de época.

Presas dentro de esos principios, que son ya sus modos típicos de pensar, las formas imperativas de su raciocinio, la conciencia está inhibida de un juicio crítico, para el que se requiere necesariamente aquella relativa objetividad, que da el juego del Yo y del No-Yo. Todo lo que es subconsciente está dentro del Yo, del sujeto, y no puede ser objeto de conocimiento y de juicio. Es preciso que se opere el fenómeno psicológico de una separación entre esos elementos subconscientes, integrantes del Yo, y el Yo mismo, para que pueda empezar a vérselos objetivamente, es decir, a hacerlos objeto de experiencia, y por tanto, a tener conciencia de ellos.

Nuestra época no ha podido hacer una revisión de sus valores normativos, porque estaba subconscientemente identificada con ellos; más aun, tal cosa como una revisión no podía ni ocurrírsele, puesto que su conciencia funcionaba automáticamente de acuerdo con esos dispositivos conceptuales.

¿Alguna vez ha podido preguntarse alguno de nuestros idealistas políticos, por ejemplo, si los principios democráticos que le determinan son o no verdaderos? Tal duda no cabe en su conciencia, funcionando automáticamente dentro de esos principios, que para él tienen un valor dogmático absoluto y a priori. Son categorías de su criterio, conformado en los moldes filosóficos de la época.

XIII

SALIENDO DE LA ORBITA RACIONALISTA

A este fenómeno de identificación subconsciente del criterio con ciertos valores dogmáticos de cultura, se le ha dado, recientemente, el nombre de "sensibilidad". Esta "sensibilidad", nombre puramente metafórico aplicado al orden moral, designa una modalidad psicológica determinada por factores culturales; implica ya, de suyo, un juicio de valor a priori. De la sola constatación del hecho de esa "sensibilidad", de su existencia, no se infiere su valor; para juzgar como verdaderamente valioso ese estado de sensibilidad, ¿no es menester que ya rija un juicio a priori acerca del valor de sus principios?

No es la tal "sensibilidad" ética lo que da valor a los juicios, sino los juicios (previos) lo que valoriza esa sensibilidad. Esta no sería sino la garantía práctica de la vigencia de ciertos conceptos; pero el valor mismo apriorístico de estos conceptos, ¿de dónde procede?... No de otro origen, ciertamente, que el de una pedagogía doctrinaria, en todos los casos; y en este caso de los valores éticos y políticos de nuestra época, su origen está en el ideologismo racionalista que empezó a desarrollarse en el siglo de Rousseau, bajo la égida de una filosofía del Derecho, alcanzando concreción definitiva en el mayor acontecimiento político de la historia moderna; hemos nombrado a la Revolución Francesa, cuyo énfasis imperativo convirtió el verbo doctrinario de la Convención en el evangelio político de todo este tiempo.

Todos los valores políticos predominantes y normativos de la cultura de nuestra época, provienen de aquella fuente, como si en ella hubiera alcanzado su punto de expresión máxima todo un orden histórico de conciencia: el orden valorativo del racionalismo teórico, precisamente, dentro de cuya ór-

bita exclusiva se mueven todas las diversas modalidades intelectuales registradas hasta el presente.

Ni el Positivismo Científico del siglo XIX, ni el Intuicionismo bergsonianos del primer tercio de este siglo, aportaron valoraciones propias, de orden ético. Los valores de esta especie, totalmente apriorísticos, contenidos en el Positivismo, son los miamos del idealismo racionalista; no son otros, aun cuando, en rigor, se hallen en contradicción con sus premisas.

Nos referimos a estas dos grandes corrientes filosóficas del presente, porque son las que han trascendido a la cultura general. Otras escuelas de época reciente —tales como el Pragmatismo de James, el Intelectualismo Fenomenológico de Husserl, el Idealismo actualista de Gentile, etc.—, son fórmulas de gabinete que no han salido del ambiente restringido de la especialización filosófica. Y no interesa aquí la filosofía pura, sino la Cultura como hecho histórico; la filosofía en sí sólo interesa, a estos efectos, en cuanto sus conceptos han trascendido al plano concreto de la psicología de la época y las formas de la cultura; es decir, que nos interesan los conceptos vivos, en acción.

En cuanto al marxismo, el más grande acontecimiento doctrinario y político posterior a la Revolución Francesa, se halla fuera del campo de la crítica, en lo que atañe a los valores de la Democracia, puesto que su ideología revolucionaria se presenta en oposición a aquélla, pretendiendo sustituirla históricamente.

Sin embargo, y según vamos viendo, esta misma doctrina revolucionaria del orden social-político presente, no es más, pese al realismo de sus apariencias, que la forma extrema del régimen de cultura racionalista, su último paralogismo teórico, la antítesis dialéctica de sí mismo, y su veneno mortal.

Idealismo y positivismo han sido, pues, las dos grandes fuerzas ideológicas actuantes dentro del círculo racionalista, cuya endosmosis ha plasmado la cultura contemporánea. Nada, o casi nada se ha producido fuera de ella, en la órbita his-

tórica de este régimen de conciencia, en relación con las ideas normativas de la cultura general.

Idealista y positivista a un mismo tiempo, ya inclinándose más hacia uno o hacia otro de ambos términos en juego, el proceso cultural ha seguido desenvolviéndose en la espiral de su círculo determinado, hasta alcanzar el límite de experiencia, punto crítico en que empezamos a comprenderlo desprendidamente, como algo objetivo, algo que ya no es idéntico a nosotros mismos; y, por tanto, a poder tener conciencia de su relatividad.

Esta posibilidad de encarar objetivamente los "juicios de valor" y los "ideales" de la cultura racionalista, es, precisamente, lo que marca el término de su vigencia histórica y la caducidad necesaria de las formas políticas que ha creado para sus funciones.

XIV

JUEGO BURLESCO DEL HECHO Y DE LA TEORIA

Pero el principio racional, ¿se cumple prácticamente en la realidad social y política de la humanidad?... No es menester un examen analítico muy a fondo, para comprender que su imperio es más aparente que real, y que el orden de la teoría es sólo un vestido que cubre la desnudez del hecho.

Todo es desigualdad y jerarquía en la vida de los hombres; la aptitud o el azar —porque el azar, al que también llaman destino, juega un papel de primer término en ese plano— determina las reales diferencias de condiciones y las relaciones jerárquicas verdaderas, dentro del propio orden teórico, postulado por el idealismo racionalista.

Cuanto más ha avanzado hacia su paradigma ideal la teoría del derecho político racionalista, tanto más se ha ido comprobando su ficción; la última de sus formulaciones dogmáticas —última en el desarrollo dialéctico y en el

tiempo histórico...—, el Comunismo marxista, instaurado en Rusia, ha sido también, en la realidad del hecho, la más chocante de las negaciones.

La experiencia bolchevique, queriendo llevar el principio de la igualdad colectivista al máximo de su rigor, ha evidenciado su inconsistencia positiva. El sistema ha fracasado doblemente, tanto por lo que se ha forzado la ley natural al querer aplicarlo, como por cuanto la ley natural ha burlado los principios teóricos del sistema.

Así se ha visto, por una parte, formarse una clase político-burocrática dirigente, asistida de todas las prerrogativas de las minorías de selección; y, por otra parte, desquiciarse los resortes vitales de la economía y de la administración, por la imposición de un orden legal antinatural. Dejemos aparte la cruenta ferocidad de su tiranía.

Los resultados fatales de la aplicación impositiva del principio colectivista igualitario en todas sus formas son: o la evasión o la enfermedad, mejor dicho, ambas a la vez. O la realidad burla la teoría, creando efectivas jarrarquías sociales debajo de la aparente igualdad teórica, o se perturban, relajan y degeneran las funciones de la realidad social, bajo el artificio dogmático impositivo. Ambos factores, obrando de consuno, provocan ese terrible estado patológico colectivo, que vemos producirse en la Rusia comunista y en todo otro medio donde las tendencias ideológicas de tal índole, por influjo de una fiebre revolucionaria, adquieren circunstancial preponderancia política.

Pero no es necesario llegar a las formas extremas de la teoría estatal igualitaria, para comprobar la incongruencia de sus principios y lo ficticio de sus estructuras. El régimen democrático que ha sido su forma primera, y es aún la predominante, constituye experiencia suficiente para la convicción.

Tomando, pues, por objeto de examen aquellos medios donde generalmente se considera que los principios del ré-

gimen han logrado mayor dominio efectivo sobre los hechos, es bastante claro que el mito de la igualdad que sustenta el llamado Sufragio Universal, se ha resuelto en el predominio efectivo constante de cierta minoría y en el uso sistemático de ciertos recursos de habilidad legalista que hacen de la "opinión popular" una de las mayores "mentiras convencionales" de nuestro tiempo.

¿A qué se reduce el principio de la igualdad política? Al hecho numérico, cuantitativo, de que cada individuo vale un voto. Lo cual es ciertamente otra ficción; porque el simple sentido común dice que el voto de un imbécil vulgar (es decir, su opinión) no puede tener el valor de la opinión de un hombre de entendimiento. Así, el acto de doctrina democrática que se cumple en una elección por sufragio universal, es en sí mismo algo contrario a la realidad. Y, para colmo, contrario a la lógica, a la lógica del sentido común.

No es de los fenómenos menos extraordinarios que ocurren en este régimen de cultura contemporánea, el que a todo el mundo parezca perfectamente lógico y justo ese absurdo de la igualdad numérica del voto; a tal punto los principios teóricos del racionalismo idealista han subvertido el sentido real de las cosas.

XV

LA SUBVERSION NECESARIA

La realidad burla siempre, de maneras subrepticias, el artificio teórico del derecho. E imperando el principio democrático del igualitarismo, en las apariencias más ingenuas del hecho, lo que impera en verdad, y en última instancia, es la voluntad de una reducidísima minoría dirigente. Esta minoría suele reducirse a uno solo, al caudillo, al jefe, cuya autoridad es soberana.

El artificio del sufragio universal parlamentario, base

del régimen democrático, obliga a una serie continua de otros artificios, mayores y menores, de modo que se va estructurando todo un sistema de ficciones convencionales y de realidades clandestinas. Y en tanto que la conciencia sonámbula vive en el plano convencional del idealismo democrático, la vida misma va desarrollándose sobre el otro plano subrepticio de las realidades.

La declaración de un hombre público sudamericano, sobre la constitución de su país, puede ser extensiva, con valor de tesis general, a todo el régimen político-social estructurado jurídicamente sobre los principios del idealismo racionalista: —“La Constitución de la República contiene disposiciones que la experiencia de los años transcurridos desde que fué puesta en vigor ha demostrado ser muy inconvenientes; contiene también otras que esa misma experiencia ha demostrado ser impracticables. Para evitar lo primero y suplir lo segundo, se ha hecho lo que la Constitución prohíbe, y no se ha practicado lo que ella manda; es decir, que se ha creído encontrar en su violación un bien y un deber, y en su observación, un mal y una culpa. Excuso demostrar el desorden moral y el extravío de ideas que esto ha de producir y sus funestas consecuencias. Me limito, por tanto, a proponer la cuestión siguiente:— Qué es mejor: ¿violar la Constitución para evitar el mal que de observarla viene, o corregirla para suprimir ese mal y esa violación?”

Las democracias todas —de ésta y de la otra parte del mundo— han vivido violando en la realidad política cotidiana los principios dogmáticos del idealismo constitucional. Lo han hecho, no por maldad, sino por necesidad.

Merced a esa subversión permanente, y más o menos encubierta, ha sido posible la existencia histórica de las naciones y el orden necesario de las cosas humanas.

El arte de la política en las democracias consiste en el subterfugio, por el cual la realidad sigue operando debajo de la apariencia de los principios. El mejor político es el que em-

plea los más hábiles subterfugios, de modo que la apariencia se torne más engañosa.

Por lo demás, todo lo que ha acaecido de verdaderamente importante en el plano de la realidad histórica contemporánea, ha acaecido francamente al margen de los principios teóricos. Y no podría haber sido de otra manera.

XVI

PARADOJAS CULTURALES

No obstante, el positivismo científico admitió como postulados de razón práctica, aquellos principios abstractos, sin base experimental. Y los sigue admitiendo aún, en cuanto su imperio —ya muy declinante en el campo de la filosofía superior— se mantiene muy vivo en la cultura general de la masa.

Porque la cultura general sigue asentada aún sobre la paradoja del dual criterio científico-idealista. Las nociones y los conceptos que se imparten en la educación primaria y secundaria del Estado, en la mayoría de los países occidentales, corresponden enteramente al orden intelectual científico, y salvo en aquella parte que se refiere a los principios morales y políticos, los cuales, siendo de origen y esencia puramente idealista, como acabamos de ver, han sido adoptados y adaptados por el positivismo —en sí mismo, carente de ellos— y aun cuando son ajenos y contradictorios con respecto a las conclusiones rigurosas del método experimental.

Y así como ocurre —según ya lo dejamos anotado— con el principio abstracto de la igualdad —en el plano del derecho público—, ocurre con los otros principios de idéntico origen y esencia racional-idealista que componen el cuadro de valores éticos y jurídicos adoptado por la cultura intelectual y científicista de nuestra época.

Lo que hemos constatado con respecto al dogma abstracto

de la igualdad, tomándolo sólo como ejemplo, es extensivo a todos los otros valores convencionales de tal índole, inculcados por la educación a la mayoría, y que constituyen el culto falaz de nuestras democracias.

¿Y qué otra fuente de valoraciones éticas ha venido, posteriormente a la declinación del positivismo en el seno de las élites intelectuales, para reemplazar a aquellos viejos principios abstractos del idealismo, o a darles un fundamento más sólido?...

Ninguna de las escuelas filosóficas surgidas en los últimos tiempos ha tenido la virtud de renovar las tablas de los valores jurídicos racionalistas. Ninguna de ellas ha trascendido al plano de la cultura general ni de los conceptos directivos del Estado. Unas, como ya lo anotamos, no han salido del clima especulativo del gabinete de especialización filosófica; otras, que han alcanzado más extensión y más prestigio, carecen, no menos que el cientificismo, de valores propios de orden normativo.

Entre estas últimas es preciso señalar, en primer término, al intuicionismo bergsoniano, la doctrina filosófica que ha logrado mayor predicamento literario en lo que va del siglo.

XVII

EL BERGSONISMO, UNA NEBULOSA

Como el positivismo científico advino hacia la mitad del siglo pasado, por movimiento intelectual de reacción contra las abstracciones especiosas del idealismo, así advino el intuicionismo, en el primer tercio de este siglo, como reacción contra la insuficiencia filosófica del positivismo cientifista, y sobre todo, contra el vacío de sus negaciones espirituales.

El intuicionismo retrotrajo nuevamente la conciencia filosófica hacia una posición romántica, al postular una supuesta facultad de conocimiento metafísico, de naturaleza puramente



espiritual, distinta a la inteligencia razonante, pero de carácter indefinido.

Su vaguedad lírica, su subjetivismo puro, que ha sido precisamente su mayor título de prestigio entre las élites culturales, por lo que ella significa de libertad del concepto —tan estrictamente limitado por el positivismo—, ha sido también su defecto más capital en lo que respecta al orden definido de la cultura.

El bergsonismo ha quedado totalmente en estado de nebulosa espiritual, sin poder llegar a adquirir las formas típicas de una concepción con poder operante sobre la vida. Al negar su función necesaria al intelecto, acusándolo de reducir la fluencia vital —esencial y perennemente creadora— a conceptos fríos y a fórmulas muertas, ha renunciado asimismo a toda estructuración concreta de valores, y por tanto, a toda manifestación formal en el plano de la cultura.

El bergsonismo sólo puede manifestarse en el plano literario; y es, en verdad, lo que ha ocurrido. La literatura intuicionista es abundantísima; su influencia especulativa se ha extendido a todas partes, hasta llegar a ser casi un lugar común.

Pero, ¿qué es lo que no llega a ser común, en la actual extensión vulgarizadora de la "cultura", que ha reducido a clichés de texto todas las cosas más delicadas, entregándolas al uso ordinario y sin discernimiento de la repetición standard, es decir, al vano manoseo?... Vicio horrendo de nuestra cultura democrática, que, no obstante, ella considera una de sus virtudes más plausibles.

XVIII

LA FUNCION DEL INTELECTO

El intelecto no es sólo la facultad de conocer y manejar la materia, como afirma el bergsonismo, aun cuando se le dé

una interpretación tan amplia a esta facultad como para que en ella quepan todas las categorías kantianas. El intelecto tiene, en el orden de la conciencia humana, una función más necesaria y fundamental aún, y más general a la vez: formar conceptos.

El intelecto es una facultad que no puede ser descartada, ni aun admitiendo como fuente del conocimiento filosófico, la intuición. Si la intuición pura no da conceptos, es menester que los dé el intelecto; pues, sin conceptos, nada existe definitivamente en la conciencia. Si el intelecto no interviene para formar los conceptos de las cosas y de los valores, vivimos en el reino de lo indefinido, y en último término, de lo inconsciente. Pues sólo tenemos conciencia de lo definido.

Claro está que el propio bergsonismo trabaja con conceptos, pues de lo contrario no podría jamás haber sido expresado doctrinalmente. Tendría que haberse limitado a hacer poesía "surrealista", o mejor aun, música pura. Un intuicionista puro sólo podría expresarse con pureza por medio de la música, y acaso, a lo sumo, por las palabras misteriosas e inspiradas del delirio. Pero, puesto que es enunciada, y desde el momento en que toma cuerpo de doctrina, ha pasado ya a través del intelecto, que le ha dado la forma conceptual.

En un principio, el espíritu de Dios flotaba sobre el haz de las aguas; pero el mundo y el hombre no existían todavía; la vida, al ser una pura inquietud, era casi una entelequia. La conciencia, como la vida, necesita de las formas orgánicas para manifestarse realmente; y si el sentido metafísico de la vida ha de ser intuitivo a través de las formas vivas —pues la vida como abstracción no puede ser intuitiva—, ese sentido ha de adquirir en la conciencia la forma de los conceptos, para que pueda tener existencia y valor definidos. Y más aun, si del plano subletivo de la conciencia ha de pasar a la objetividad pragmática de las formas de la cultura, aquí

la exigencia del concepto definido es primaria. La más neta definición es la que le da su mayor fuerza.

Al carecer el intuicionismo —en cuanto doctrina— de lo que podríamos llamar categorías formales de valores, se ha quedado en el limbo de la divagación literaria. Aspirando a ser una filosofía de la vida, no ha influido sobre la vida con directivas propias. Y los viejos "valores" abstractos del idealismo racionalista han seguido en su vigencia ficticia para el intuicionismo, como ya antes prosiguieron para el positivismo.

¡Oh, miseria intelectual, la de nuestra época, que, a pesar de ser la de más complicada y frondosa intelectualidad, ha menester seguir rindiendo culto a los viejos "principios" dogmáticos del racionalismo abstracto, en los que fundamenta su mitología de la cultura!

XIX

EL PARALOGISMO UNIVERSALISTA DE LA DEMOCRACIA

El punto mismo de partida del dogma político de la democracia es un sofisma. No existe en la realidad histórica un orden político teórico de validez universal, al que deban ajustarse, tal como lo pretende el Derecho constitucional democrático, todas las naciones del mundo, cualesquiera que sean sus caracteres propios y sus circunstancias particulares. La sola concepción de esta doctrina y su formulación dogmática acusan su origen racionalista abstracto, ajeno a toda vivencia histórica, y opuesto a la naturaleza empírica de las cosas.

El orden político de un país no puede ser, y no es nunca, realmente, el resultado de la aplicación de una fórmula de Derecho constitucional, elaborado en los textos. Y, sin embargo, esta aberración es la norma de las Asambleas Constituyentes de las Repúblicas.

Los Constituyentes de todas partes, imbuídos de una pretendida ciencia jurídica de valores dogmáticos universales y casi absolutos, de fórmulas de rigidez matemática, que se resuelven en el montaje de un mecanismo legal, perfectamente ficticio, proceden por entero al margen de toda morfología viva, de toda relatividad práctica, descartando lo que debía ser, precisamente, la base positiva de su criterio, los factores de la realidad humana con los cuales operan.

Todos sus elementos son abstractos, es decir, no son elementos, sino fórmulas, y en consecuencia, la Constitución Política que elaboran es un producto meramente racional, que aplican con carácter impositivo al cuerpo social, como si éste fuera un ente de razón y no un hecho vivo, de compleja funcionalidad propia.

Es como si se pretendiera encajar un cuerpo de determinada forma y movimientos, dentro de un molde estrecho de forma convencional, especie de instrumento de tortura, que le privaría de la vida si no hallara inmediatamente —y por necesidad del instinto natural— el medio de burlar sus imposiciones absurdas, aparentando conformarse a ellas.

El divorcio permanente entre el Hecho y el Derecho —origen de todo mal— provoca esa situación de anormalidad, esa ficción jurídica en que viven —en mayor o menor grado— las repúblicas. Y será así mientras el Derecho político siga siendo, como lo ha sido hasta hoy, desde hace más de un siglo, una concepción abstracta.

Es necesario poner de acuerdo el Hecho y el Derecho. Todo régimen de Estado tiene que ser una resultante, prácticamente estructurada, de las condiciones mismas de la realidad social viviente. El mejor régimen de gobierno para un país, no es aquél que se halle más de acuerdo con las normas puramente racionales del Derecho abstracto, sino aquél que más eficientemente responda a las condiciones de la realidad concreta.

XX

DETERMINACION DE LA MORFOLOGIA POLITICA

En la experiencia histórica constatamos que la situación de hecho de cada país, en un momento dado, es la expresión pragmática de su realidad política. Si esa situación configura una forma opuesta a los principios teóricos del Derecho a la constitucionalidad escrita, lo que corresponde no es condenar esa situación de hecho porque no se ajusta a las normas jurídicas convencionales, sino encontrar la forma de constitucionalidad que corresponda a la realidad imperiosa del hecho.

Esa oposición entre la situación de hecho y la de derecho puede asumir la forma declarada de un régimen de facto, fuera de toda legalidad constitucional; o puede existir, subrepticamente, bajo las apariencias formalistas de la legalidad. La causa del fenómeno es siempre la misma; y tal anormalidad, sea subrepticia o manifiesta, es constante e inherente al régimen de la democracia teórica.

Todos los países, aun los que aparecen como modelos de repúblicas, presentan, al análisis riguroso, la misma anormalidad intra-política. La realidad política se desarrolla siempre al margen de la ley, en mayor o menor grado, según sea el grado de incongruencia entre el régimen jurídico y los factores de la realidad.

Así, observamos que en los Estados Unidos de Norte América, el sistema democrático común y convencional se aplica con mayor facilidad —no obstante los enormes vicios que lo corrompen— por los caracteres tradicionales de su pueblo y las condiciones especiales de su economía. Sin embargo, vemos como, allí mismo, el sistema del liberalismo ha empezado a fallar en sus principios. Para poner remedio a la crisis social que se va agudizando en el vasto país, ha

sido preciso ir al otorgamiento de poderes extraordinarios, en materia económica, al Presidente de la República—quitándole tales prerrogativas al Congreso—, lo cual significa una tendencia bien acusada hacia la dictadura económica y el régimen de economía dirigida; y quien dice "económica", tratándose de los Estados Unidos, dice lo substancial de su política, pues allí toda política práctica es, en realidad, economía política.

Esta necesidad de ir substrayendo a las prerrogativas parlamentarias muchas de sus funciones para aumentar las facultades del Poder Ejecutivo, fenómeno que se percibe no sólo en los Estados Unidos —a quien se presenta como modelo de democracias—, sino a todos los otros países de régimen más o menos democrático de todo el mundo, incluso Francia, es uno de los más graves síntomas de la crisis en que ha entrado el sistema, atacado en su modo principal, característico: el parlamentarismo político.

XXI

LA COMEDIA DEL PARLAMENTARISMO

El régimen parlamentario estricto, que entrega a la discusión de los diversos sectores políticos —permanentes u ocasionales— representativos de los grupos partidarios, todas las medidas de gobierno que han de aplicarse, ha llegado a un grado tal de descomposición y perturbación, que se ha vuelto casi imposible.

El régimen parlamentario no ha podido marchar bien, sino cuando una mayoría disciplinada de ese cuerpo ha respondido a las directivas políticas unitarias del gobierno, sea gabinete ministerial o presidencial, rigiendo en ese caso una verdadera dictadura de partido, bajo la égida de un jefe de prestigio absoluto. En todos los demás casos, la gestión par-

lamentaria —a menudo estéril— ha sido constantemente perturbada por las más graves crisis políticas, conduciendo a situaciones de anormalidad aguda.

El sistema se ha ido conduciendo, históricamente, en medio de estas continuas perturbaciones políticas o de aquellas dictaduras disimuladas; por donde se infiere que, si se cumple, lleva a la demagogia; y si se mantiene aparentemente en orden, es que no se cumple.

¿Cuántas de estas situaciones que se tienen vulgarmente por regímenes legales y democráticos casi ejemplares, no han sido otra cosa, en el fondo, que la dictadura política de un caudillo fuertemente prestigioso, de un verdadero dominador político, tras las apariencias de la máquina constitucional?... Tenemos ejemplos bastante próximos de este hecho.

Así, fluctuando entre la anarquía demagógica y la embosada dictadura, ha ido llegando hasta nuestros días el régimen democrático liberal, formulado por el derecho político abstracto. Y aun hoy, a pesar de la aguda crisis general que ha atacado prácticamente al sistema, ante las condiciones imperiosas de la realidad social-política presente, son muchos, son quizá la mayoría, los que siguen aferrados ciegamente, dogmáticamente, a los principios y a las fórmulas del Derecho político caduco, cuyo culto les fué inculcado como cosa casi sacra, y cuya excelencia teórica y práctica siguen afirmando aún, ser el remedio para conjurar todos los males, aunque la realidad les golpee los ojos.

Tienen ojos y no ven; el velo de Maia del viejo racionalismo idealista se interpone entre su criterio y la verdad, haciéndoles tomar por valores substanciales lo que no es más que paralogismos vacíos.

Muchos son también los que han comprendido la falsedad del sistema, pero no se atreven a confesarlo, bajo el temor de cometer un sacrilegio nefando y de incurrir en el vi-

tupio de los otros; de tal manera, el culto de aquellos principios abstractos ha llegado a constituir un dogma intocable.

Quizás ese dogmatismo haya llegado a ser un estado de autosugestión generalizado, y no se atreven muchos a confesar a sí mismos lo que la realidad les impone como evidente. Cerrar los ojos es el último recurso de la razón desesperada.

XXII

FICCION DE LA SOBERANIA POPULAR

Del principio de la igualdad política de todos los hombres se deduce el otro principio del derecho constitucional, que es el eje mismo del sistema democrático parlamentario: la voluntad de las mayorías. Otra ficción teórica, naturalmente. La fórmula integral se complementa con la tercera proposición, que concreta el modo de efectividad de los anteriores: el sufragio universal. El conjunto del sistema es, así, un desarrollo inductivo, perfectamente lógico en sí mismo, pero del todo falso con respecto a la realidad del hecho humano.

El electoralismo, su consecuencia práctica, es no sólo uno de los más apuestos vicios del régimen democrático corriente, sino también una de sus mayores falacias.

El principio de la soberanía popular, fundamento de la democracia política, está falseado; porque el pueblo es un instrumento manejado por sus dirigentes políticos. El pueblo, en sí mismo, no puede tener una opinión definida sobre los complejos problemas político-sociales del Estado, así en lo que atañe al orden interior como al exterior. El pueblo es un elemento intelectualmente infantil, y refleja la opinión que los dirigentes proyectan sobre él, mediante la propaganda.

El pueblo es como la tierra: produce, según lo que en él se siembra. Si se siembra trigo o vid, dará mies o racimo; si

se siembra cizaña, dará cizaña, y no otra cosa. De ahí la necesidad de que el Gobierno no permita sembrar la cizaña ideológica de la demagogia, porque sus resultados serán funestos para la civilización y para el pueblo mismo.

El pueblo, políticamente, no es una fuerza con dirección propia; es un elemento que se mueve en el sentido en que le impulsen ciertas energías, ejercidas por una minoría dirigente. Podría también decirse que es un inmenso depósito de energías, que se orientan en la dirección que sus mentores le imprimen.

De ahí el enorme poder de la prensa política. Ella es quien hace la opinión en el seno de la masa popular. La energía directriz se va canalizando hacia la multitud desde su origen, en una voluntad capitana, a través de agentes de gradual jerarquía.

Siempre hay un Jefe, un Caudillo —sea de un Gobierno o de un Partido, y a menudo de ambas cosas a la vez— rodeado de un estado mayor de lugartenientes hábiles, algunos de los cuales suelen ambicionar el predominio; y luego una caterva de militantes menores —ejecutantes de la voluntad de los jefes—, que componen el sistema dinámico de esa masa política, primitivamente amorfa.

La historia de las democracias sigue siendo, así, la tan condenada y menospreciada historia de los reyes y de los grandes hombres. Ya apenas quedan reyes de derecho hereditario, con autoridad suprema; pero hay jefes de Estados o jefes de partidos, altos magnates gubernativos, componentes de una minoría oligárquica; y entre ellos está todo el juego de la historia política contemporánea. Ellos pueden decir, parodiando al borbón absoluto: "El Estado somos nosotros". En ellos está la real soberanía, que ejercen mediante el aparato democrático electoral y parlamentario. La soberanía popular es un mito de la democracia política. Y la democracia política misma, un mito de la Razón.

XXIII

LA LEY MORAL Y LA LEY BIOLÓGICA

La democracia actual, para sobrevivir a la crisis histórica de fondo que se le plantea —extendiéndose y agudizándose año tras año—, ha menester transformarse. Pero transformarse equivale a dejar de ser, a ser otra cosa; porque la nueva forma político-social del Estado no podrá estructurarse sobre sus principios abstractos ni sus fórmulas teóricas, sino sobre las leyes de la realidad histórica.

Mas, un régimen de Estado puramente realista, es decir, resultado directo de los factores biológicos de la historia, sería una sociedad de índole "trágica", en el sentido que esta palabra ha tomado después de Nietzsche.

Las energías instintivas del hombre, libradas a los resultados de la lucha por el predominio, crearían el más feroz poderío de los fuertes, de los mejor dotados, y la servidumbre de los débiles, de los menos aptos. Imperaría, entonces, la ley de la crueldad; las diferencias sociales entre los hombres serían de una crudeza feroz: relaciones de amos y esclavos. La civilización que en tal estado de cosas pudiera florecer, sería, quizás, semejante a la de ciertos primitivos imperios, cuya barbarie moral repugna a la conciencia de nuestros tiempos; una civilización sin creencias espirituales, y, por tanto, sin sentimientos de justicia.

Pero ese estado de cosas puramente natural no es posible. Porque el hombre civilizado no es solamente un ser biológico, instintivo, obediente sólo a las leyes "trágicas" de la naturaleza; es también un ser espiritual, dotado de sentimientos tanto como de instintos, de razones tanto como de deseos; y lleva en sí mismo, en su doble constitución específica, el transmutador en que las fuerzas vitales se convierten en ley moral.

Esta ley moral de la conciencia humana —metamorfosis biológica— es el factor que interviene para determinar el orden equilibrado de las cosas del mundo; es así que las relaciones entre los hombres se rigen, en gran parte, por categorías de justicia.

Tal hecho espiritual es lo que viene a atemperar en la sociedad humana los rigores de la ley natural; a atemperar sus efectos "trágicos", con un orden moral superior, pero nunca a suprimir la ley natural misma. La ley natural no puede ser abolida ni suplantada; y menos por principios abstractos de pura razón, como lo ha pretendido el idealismo teorizante, base del derecho político democrático.

Entre el Estado político —tal cual debiera ser, según las normas racionalistas ideales, y tal cual es, según la fenomenología real histórica— existe un conflicto permanente, ante la conciencia del hombre contemporáneo.

El hombre contemporáneo está acostumbrado a resolver este conflicto en el plano teórico, reconociéndole plena soberanía a los normas racionalistas, con prescindencia absoluta del hecho; lo cual, naturalmente, no significa resolver el conflicto en la realidad, sino, por lo contrario, mantenerlo pendiente en los hechos mismos.

Tal error de criterio es característico de la falsa posición de nuestra cultura, para la cual —parodiando a Hegel— todo lo que es racional, *"debe" ser real*; error consustancial a una cultura que hace de los principios racionales (racionalistas) los fundamentos únicos del orden político del mundo, como si las naciones fueran meras asociaciones de contrato —sujetos de Derecho—, entes jurídicos, y no hechos de compleja fenomenalidad orgánica, determinados en el plano de las realidades históricas.

Esta suplantación de lo que *"es"*, según las determinantes naturales del fenómeno vivo, por lo que *"debe ser"*, según las determinaciones puramente lógicas de los principios de razón, aplicado al orden político de las naciones —y así

en lo interno como en lo internacional— supone una admisión de la libertad moral, en contraposición con la naturaleza del hecho sociológico; contraposición mucho más grave que la que supone esa admisión en lo que respecta a la voluntad del individuo en sus relaciones con su propia naturaleza; pues que no es, en modo alguno, aplicable al hecho histórico de las naciones, que en gran parte es de índole cósmica, aquella disciplina de la voluntad moral por la cual la persona humana va sobreponiéndose a las fatalidades de su mundo subconsciente.

Aun en la persona, ese dominio de su realidad subconsciente es muy relativo, logrando sólo en una minoría de individuos grados de efectividad apreciable. La mayoría de los individuos es realmente movida por sus propias fatalidades psíquicas —sus caracteres—, siendo puramente ideal el plano de su conciencia ideológica, y altamente excepcionales aquellos casos en que el señorío del espíritu llega a alcanzar jerarquía de heroicidad moral.

¿Cómo se pretende que esa densa y múltiple realidad colectiva que es una nación, se rija por disciplinas racionales, que son virtud personalísima de pocos? Tamaña ingenuidad tiene por respuesta el desmentido permanente de los hechos históricos. Las disciplinas de la razón sólo pueden tener relativa efectividad cuando ellas se acuerdan con las leyes intrahistóricas —biológicas y espirituales, intuitivas, pero no ideológicas—, que atañen a la existencia y destino de esos vastos complejos orgánicos que son las naciones.

Es verdaderamente paradójico que la llamada ciencia positiva contemporánea, que debía habernos servido cuando menos para darnos un concepto más definido de la realidad empírica, en lo humano no haya cumplido tal función, desviándose, en cambio, hacia teorizaciones paradójicas, que no otra cosa son las doctrinas sociales y jurídicas en vigencia cultural, incluso su máxima y monstruosa sistematización: el marxismo pseudocientífico, cuya aberrante utopía la rea-

lidad viva se ha encargado de poner en evidencia en su primer ensayo de aplicación histórica.

XXIV

PORVENIR DE LA SOCIOLOGIA

¡Suerte infelice, ésta de la sociología, nacida bajo un signo nefasto!... Ciencia la más característica del siglo de la razón científica, sus posibles enseñanzas se vieron desvirtuadas desde sus comienzos por los vicios del propio racionalismo teórico.

Vino al mundo, traída por el positivismo comtiano —el más dogmático de los simplismos de razón—, para suplantar, en el reinado de la Inteligencia, a la Teología, a la que acababan de dar muerte. Si Comte no fué su padre, fué, por lo menos, su partero.

Opuesta así, simplistamente a la teología secular, la joven ciencia sociológica tuvo, desde sus primeros torcidos pasos, la obligación de profesar el materialismo.

Y fracasó en sus destinos, arrastrada a doctrinarismos falaces, por los extravíos de su tutor, el materialismo dialéctico. Las escuelas mecanicistas hicieron de ella el más fuerte baluarte de su guerra contra la realidad del espíritu. Su triste destino ha terminado en el abismo siniestro de la Rusia roja.

Se dirá que la sociología no es el marxismo. Ciertamente; pero el marxismo es su monstruoso aborto. ¿Será posible rescatar la vida de la madre, después de ese alumbramiento infernal? Esa ciencia, como tal, ¿puede ser puesta en su verdadero plano, para que preste a la civilización la utilidad de todo noble instrumento científico, cuando no ha sido desvirtuado en sus finalidades por el demonio del Sofisma?... Es de desear que así suceda.

De todos modos, la curación que aquélla requiere es a

fondo. Su entraña ha quedado rota, y su sangre envenenada. Pero lo que el hombre hizo, el hombre lo puede deshacer y volver a crear desde su primordios... Sólo lo que Dios ha creado no puede ser modificado por el hombre; las leyes de la naturaleza, por ejemplo; y entre ellas, las leyes de la naturaleza humana. Estas son el principio de toda ciencia del hombre y el fundamento de toda incommovible realidad.

Por eso, junto al hombre natural y a la sociedad como hecho natural, es necesario considerar al hombre espiritual y a la sociedad civilizada, como un resultado del equilibrio de ambos factores.

Pero el factor espiritual, que interviene de suyo para contrapesar los rigores de la ley natural, necesariamente trágica, no opera a través de las teorizaciones abstractas del racionalismo, el cual es, a su vez, un vicio de la razón natural.

Así como, según dijimos, el marxismo ha sido el aborto monstruoso de la sociología desvirtuada por el materialismo dialéctico, el idealismo racionalista ha sido el monstruo de razón, parido por la filosofía, en su aberración contemporánea.

La razón teorética ha fracasado; y esto se supone que deben saberlo todos los estudiantes de filosofía que han seguido el proceso del problema del conocimiento, desde la crítica inicial de Kant, hasta la hora presente. Y, sin embargo, se persiste en conferir valor dogmático a los principios que sólo provienen de la especulación racional abstracta. Nuestra cultura sigue profesando el idealismo racionalista, a pesar del doble fracaso, teórico y práctico, de los principios de razón.

Pero no hay que confundir la razón, facultad necesaria, con el racionalismo, su aberración viciosa. Hay que curar a la razón de su vicio, restituyéndola a su normal función dentro del equilibrio de la conciencia. No podemos renunciar a la razón —o lo que es lo mismo, en este sentido, al Intelecto—, para entregarnos a un puro irracionalismo estético, tal como lo pretende el intuicionismo bergsonian.

Y si tal actitud no es sensata en el plano puramente per-

sonal, mucho menos lo es en el de la objetividad social. Si los oficios de la razón son necesarios en el orden moral del individuo, ¿cómo no habrían de serlo en lo que atañe al orden político del mundo?...

Pero esta razón que invocamos no es la orgullosa soberana, medio loca, a quien el Demonio tentó con el trono quimérico del universo, y que, desde él, pretende dictar leyes y normas a la vida, ejerciendo aquel pedantesco despotismo ilustrado que tornó rígido el cogote de los jacobinos. Esta razón es más razonable; conoce su función natural de Secretaria del Espíritu humano, y no cae en la ambición funesta de erigirse en suprema, imponiendo su dictadura teórica a la realidad.

No por más modesta, es menos valiosa esta función natural de la razón, puesta en su lugar. Y si sus principios abstractos eran ficciones, ajenos a las leyes de la realidad viviente, y por tanto, en conflicto desquiciante con ella, su virtud de inducción conceptual en el campo de la experiencia nos es imprescindible para la estructuración del orden práctico de las cosas.

XXV

LA FALACIA DEL SUFRAGIO UNIVERSAL

Cuando hayamos acabado de comprender que la razón es una facultad práctica, no teórica, desecharemos el error de un orden "racionalista", para adoptar un orden razonable. Y razonable es sólo un orden que trata de armonizar las leyes de la realidad natural con las de la realidad espiritual, acabando con la incongruencia existente en el orden actual, entre el Hecho y el Derecho.

La realidad profunda y permanente del espíritu humano no está en las ideas, sino en los sentimientos. El hombre posee sentimientos que son leyes immanentes de su conciencia; y es

sobre su realidad espiritual que han de asentarse los valores morales de la civilización.

Todas las ideologías son falsas, meras teorizaciones racionalistas; por eso se vive en continua discusión de teorías y en continua producción de teorías nuevas; las escuelas son tan innumerables y caducas, como las hojas. La inquietud del vicio intelectual, flotante en el oleaje de los fenómenos, no puede encontrar la roca firme en qué edificar su iglesia. Sólo el sentimiento es realidad firme y permanente, pues es la realidad moral del hombre.

Así, por ejemplo, el derecho fundamental a la vida que posee todo hombre, debe estar garantizado en todo Estado político, organizado según las leyes de la conciencia humana. Porque el derecho elemental a la vida —derecho a la vivienda, al trabajo, a la salud, al hogar, a la cultura— radica en un sentimiento humano; no se discute.

Y un Estado civilizado debe realizar ese derecho (cosa que la Democracia no ha hecho ni puede hacer, por otra parte), pues que una sociedad civilizada es aquella que satisface las necesidades de la realidad moral del hombre.

En cambio, el supuesto derecho político igualitario y numérico, sobre el que se estructura el constitucionalismo democrático, es una mera ficción teórica, porque el más elemental buen sentido muestra la evidente desigualdad real de los hombres, que llega desde el más alto discernimiento hasta la inconsciencia más confusa. Sin embargo, el torpe y el inteligente, el ignorante y el sabio, el malvado y el santo, tienen el mismo valor determinante, idéntico derecho electivo para el Estado; ¿cómo justificar tamaño absurdo, sobre el cual reposa, sin embargo, toda la teoría del sufragio universal y del parlamentarismo político?

La doctrina del sufragio universal y de la soberanía mayoritaria —base de la Democracia política— es la mayor de las aberraciones del teoricismo jurídico racionalista. Ningún

valor humano puede fundarse sobre la cantidad bruta, sobre el simple número; todo valor es esencialmente cualitativo.

El criterio numérico subvierte profundamente el orden de las leyes naturales eternas, y es un degenerativo sistemático de las finalidades intrínsecas de la cultura. Un orden político fundado sobre el derecho electoral de las mayorías igualitarias, es ya de por sí una subversión del orden de la realidad humana. La democracia cuantitativa es contraria a la naturaleza de las cosas y tiende a la relajación de las más nobles jerarquías de la vida.

Cierto que los doctrinarios de la democracia numérica arguyen, frente a la evidencia del hecho jerárquico, que el régimen democrático tiende a hacer real esa igualdad teórica, mediante la instrucción popular y la extensión de la cultura, capacitando así, cada vez más, a la masa, para el cumplimiento de su función política.

Otra ilusión del optimismo democrático: el vulgo alfabeto y convencionalmente instruido no hace sino repetir los tópicos que le han enseñado; no piensa por sí mismo, sino por sus mentores; tiene la opinión del diario que lee todos los días; está moldeado por la técnica de la propaganda.

La extensión de la cultura es un bien, en cuanto constituye un camino abierto para que las individualidades capaces se manifiesten, saliendo del seno uniforme de la masa. El camino debe estar abierto a todos, porque la naturaleza es la única que crea las capacidades. Pero por tal camino no marchará jamás la masa misma, hacia un estado de conciencia política que es privativo de las jerarquías de la inteligencia.

Y si se pretende hacer efectivo el predominio político de la masa —el vulgo librado a sí mismo—, lo que resulta es una mayor subversión de los valores humanos y un mayor rebajamiento de la cultura; ello, amén del desorden seguro que se produce, del estado de anarquía que sobrevie-

ne, por el desate de la demagogia en sus formas más brutales.

Atenas misma —con ser Atenas—, ¿no elevó a un canchero al sitial de Pericles?... ¿Y no era natural que luego pareciese la democracia ateniense, cuya única garantía era la autoridad moral de los superiores?... Demóstenes es la gran voz clamando en el desierto del Agora; y sus propios discursos son la documentación clásica de la inconsistencia de tal forma política, en todo tiempo.

XXVI

LO UNICO REAL ES LA FUNCION

El llamado sufragio político universal —derecho igualitario y numérico de la mayoría bruta— no es sólo una de las mayores aberraciones de la teoría democrática corriente; prácticamente, es una de sus mayores mentiras. La ficción teórica no se cumple en la realidad del hecho.

Para que se cumpliera, hubiera sido necesario que la Democracia crease esa igualdad política en el hecho, y no en el papel; que dotase a todos los individuos de la capacidad suficiente, haciéndoles positivamente iguales en su realidad, y no en el mero postulado jurídico, para que el sistema pudiese practicarse en verdad.

Ya hemos visto en qué forma la realidad burla prácticamente, en todos los casos, la ficción de esa norma teórica. Y hemos visto cómo, gracias a esa duplicidad subrepticia del hecho y del derecho, la falacia democrática, tal como la instituyen los tratados y las constituciones, ha podido subsistir aparentemente.

En rigor, el sistema de sufragio político más estrictamente de acuerdo con la realidad natural del hecho humano sería el de la calificación del voto, según la jerarquía mental de los individuos. Este sistema del voto calificado y jerár-

quico ofrece, sin embargo, complejístimas dificultades de orden práctico, que están obviadas en la solución simplista del sufragio universal igualitario, de práctica corriente. Mas, no por ser simplista, el sistema consagrado por la Democracia deja de ser puramente convencional y contrario a la realidad de las cosas. Un problema de calidad no puede resolverse aritméticamente, como lo hace el voto igualitario, sin que esa solución sea fundamentalmente ficticia. Es, precisamente, por ser simplista que el sistema igualitario cuantitativo está en contradicción con la complejidad natural de los valores humanos.

Quizás pudiera arbitrarse una fórmula positiva que lograra mejor encajar dentro de las prácticas del sufragio —al no de un modo perfecto, lo bastante aproximado—, ese hecho complejísimo de las jerarquías de los valores individuales, operándose así una transformación de normas, que terminase con la incongruencia existente entre la ley jurídica y la ley natural. Pero, en verdad, todo indica que la transformación de la estructura política del Estado que impone las condiciones de los tiempos, no se operará en el sentido de sustituir el sufragio cuantitativo por el cualitativo, manteniendo el actual sistema parlamentarista, sobre la base electoral de los partidos de opinión —entidades también ficticias, que no responden a realidades sociales—, sino en el sentido de estructurar los órganos de gobierno, sobre la base de estas realidades.

Si es falso que todos los "ciudadanos" puedan tener criterio valedero acerca de la compleja dirección general del Estado —que tal supone la existencia de los partidos políticos de opinión—, es verdadero, en cambio, que cada cual, y aun los menos cultos, saben bien lo que atañe a los intereses sociales de la propia función que desempeñan dentro de la colectividad.

La organización representativa por funciones —y no por opiniones— es la única conforme a la realidad de las cosas,

máxime en las actuales condiciones sociales de la vida. Sobre ella ha de estructurarse, pues, un orden político verdadero, por el cual todos los derechos —los derechos reales, no los teóricos— tengan voz y voto, ya sea directa o indirectamente, en la adopción de las normas legales del Estado.

—Esto —que es la forma que se está incubando en la matriz tumultuosa de nuestro tiempo— acabará con la comedia del parlamentarismo político y con el desorden del sufragio universal, basados en el mito de una función que no existe: la de ciudadano. Porque lo único real con respecto al Estado, es la función.

Hemos tocado aquí, probablemente, el punto céntrico del problema que motiva este estudio.

XXVII

INENTIDAD DE LOS PARTIDOS DE OPINION

Un orden político estructurado sobre realidades y no sobre ficciones, ¿podría mantener el juego electoral y parlamentario de los partidos políticos, de los llamados partidos de opinión, tal como los conocemos en casi todas partes?...

Porque, en rigor de verdad, no hay cosa más falaz y vacía en el régimen democrático corriente, que ese género de agrupaciones electorales que pretenden representar las diversas opiniones del "pueblo soberano".

Esa masa de las fracciones políticas, integrada por individuos de las más diversas condiciones sociales, nada tienen de especialmente común entre sí, a no ser esas seudoopiniones sobre cuestiones que la mayoría de las veces son de mero formalismo político, sin valor real ninguno, y acerca de las cuales muy poco, o nada, puede discernir por sí misma la mayoría de los componentes, cuya cultura es rudimentaria, limitándose su "opinión" a repetir lo que la propaganda de la prensa y de la tribuna les imparte.

Es demasiado evidente para que requiera demostración el hecho de que la inmensa mayoría de los electores de cada partido no tiene capacidad de criterio para opinar con conciencia sobre los complejos problemas de orden jurídico, administrativo, político-económico o cultural, que constituyen la "opinión", en virtud de la cual están "representados" en los parlamentos.

El parlamentarismo político, tal como se practica en la mayoría de los países, es una farsa. Pero es farsa no porque se practique transgrediendo las normas democráticas —y ciertamente que se transgreden—, sino porque esas normas son falaces y ellas mismas implican una transgresión de la verdad, de la verdad real.

Se transgredan o no se transgredan esas normas, el resultado es el mismo; más aun, ellas se transgreden siempre, necesariamente, aun cuando las apariencias formales sean, en ciertos casos, más cumplidas.

La Legalidad democrática es siempre, en el fondo, mero formalismo sin contenido substancial verdadero. En el cumplimiento estricto de ese complicado sistema formalista, se hace consistir la ética de la legalidad. Todo es convencionalismo y no otra cosa.

La multitud —la masa de los partidos políticos— sigue aquellos falsos mentores que les prometen, en la forma más elocuente, realizar, desde el poder, reformas beneficiosas para la mayoría. Los programas —señuelos electorales— se confeccionan fácilmente, con los eternos tópicos de bien colectivo y del progreso nacional.

La multitud ingenua seguirá siempre a aquellos demagogos que le hablen de libertad, de derecho y de justicia; vanas palabras, que están al tope de todas las propagandas. Pero toda propaganda política electoral no es más que la explotación de la eterna ingenuidad de la masa.

La política democrática se desarrolla así, en general, en el plano de los intereses; mas no de los intereses colectivos,

precisamente, sino de los personales. Y si bien es cierto que este vicio de la política no es exclusivo del régimen electoral demagógico, pues radica en la propia baja condición sensualista del hombre, no menos cierto es que el régimen de la demagogia democrática —ya que la democracia, tal como la conocemos, conduce necesariamente a la demagogia, en sus múltiples formas— es aquel en que la concupiscencia de los hombres actúa en manera más desatada y a la vez más farsaica.

La simulación es, en efecto, uno de los más apestosos vicios del régimen demagógico, porque éste obliga a actuar bajo la máscara convencional de los principios y de los "ideales", hinchando toda propaganda oral y escrita con el histrionismo de su retórica.

XXVIII

LA MASCARA DE LOS PRINCIPIOS

El mecanismo político de la Democracia es el campo de acción de la concupiscencia gubernativa y burocrática de los demagogos de oficio y de sus acólitos.

Cada partido —grande o chico— cuenta con su camarilla de aspirantes al logro de los cargos parlamentarios o administrativos —o aspirantes a la conservación de los cargos ya logrados—; y es en virtud de tales ambiciones personales que se mueve toda la maáquina de la propaganda pública y de las intrigas del juego en los entretelones.

Maquinarias de interés, nada más, en la inmensa mayoría de los casos. En política, y más aun en la política electoralista de los partidos llamados de "opinión", no son las "opiniones" las que determinan las posiciones de los militantes, sino al contrario, la posición personal determina la opinión por la cual aparece bregando.

La posición personal de cada militante político está

condicionada, en primer término, por su interés particular, según las circunstancias que le son propias; y en segundo término, por motivos de pasión, también personales, tales como amistades o enemistades, gratitudes o agravios; sólo en último término, y en minoría de casos, interviene el factor intelectual, el criterio, determinado éste, a su vez, por las influencias educacionales y el ambiente en que se satura.

Esta determinación inversa de la llamada opinión política por el interés personal, suele ser subconsciente; esto ocurre —cuando ocurre— con individuos del común, casi nunca con los políticos profesionales, que saben bien su objetivo, pues que son ellos quienes montan el aparato sofisticado de la propaganda, y lo manejan con arreglo a las circunstancias.

¿Es de extrañar que muchos de los adeptos menores de uno de estos partidos políticos electorales sean inconscientes de sus móviles verdaderos, cuando la mayoría de los individuos lo son con respecto a los actos de su propia vida privada?... El inconsciente manda, desde abajo, Calibán inocente; las cabezas responden, con la ilusión de su señorío.

No seríamos verídicos, sin embargo, si no reconociéramos que algunos hombres de buena fe actúan en este campo farasáico de la política demagógica; actúan, sí, en este medio tan viciado, como actúan en cualquier medio y en cualquier género de actividad humana, porque la sinceridad y la limpieza son virtudes propias de las almas, que se llevan —a pesar de los errores del criterio— consigo a todas partes, como se llevan a todas partes la concupiscencia y la simulación— y se ponen en todo lo que se toca.

La democracia ha tenido no sólo sus ciudadanos austeros, sino hasta sus santos laicos. Pero esta presencia de algunos pocos hombres puros en el mercado político de la demagogia, en nada altera el carácter general de los hechos, desde el punto de vista de la realidad histórica.

XXIX

LA VERDAD PRAGMATICA

El gobierno democrático, para ser factible, tiene que ser lo menos democrático en su realidad, aunque se cumplan exteriormente las fórmulas. Pero llega un momento —ya sea en un país, particularmente, ya en la generalidad de los países— en que el formalismo del régimen se torna él mismo en un impedimento a las necesidades imperiosas de la realidad histórica.

Nuevas circunstancias, nuevos factores intervienen en el conjunto del organismo social determinando la caducidad inevitable de las formas establecidas. Es menester entonces poner la conciencia a tono con la realidad viviente; porque la vida no admite la tiranía de las abstracciones, ni se detiene a esperar a los rezagados.

Es la realidad misma, en su imperiosidad vital histórica, que está rompiendo, de hecho, las estructuras artificiales del sistema político-social elaborado por el racionalismo dialéctico.

La razón debe cumplir su función apolínea, concretando el nuevo orden del mundo, de acuerdo con las determinantes imperiosas que la realidad presenta. Pero no un orden rígido, dogmático, que pretenda imponer a la realidad una norma absoluta, y encerrar la vida en moldes preestablecidos.

Eso sería volver a incurrir en el mismo error del constitucionalismo técnico que hemos señalado, y tal vez es menester huir como de una trampa. El nuevo orden político ha de ser lo bastante dúctil y relativo, para que corresponda en todo instante a los requerimientos de la realidad viva, para que se adapte a las condiciones de la relatividad histórica de cada etapa, para que se vaya determinando de acuerdo

con los factores positivos del continuo evolucionar de las cosas.

A la verdad apriorística y dogmatista del constitucionalismo libresco —especie de escolástica del derecho político, con sus puntos de apoyo fundamentales en la autoridad de los tratadistas— ha de substituir un concepto de verdad constitucional más pragmático.

La verdad política no es una cosa ya hecha, sino que se va haciendo; no está teóricamente determinada y fijada definitivamente, sino que es una actualización siempre dinámica, cuyas fuerzas se determinan prácticamente en virtud de las necesidades presentes. Nunca, con respecto a algo, que al plano político-social, es más verdadero el pensamiento de Goethe: "En un principio era la acción".

El formalismo de derecho constitucional teórico ha sido y sigue siendo aún la trampa en que la verdad y la realidad político-social de las naciones es apresada. Diríase que los pueblos deben estar al servicio de las leyes, y no las leyes al servicio de los pueblos. En puridad, el racionalismo idealista así lo entiende. Una constitución que sea un órgano vivo, y no una rígida armazón de formas doctrinarias, es lo que la verdadera razón aconseja; pero es precisamente aquello que la escolástica de los tratados de derecho constitucional tiene por herejía.

Falta agregar, a los absurdos primarios de ese formalismo jurídico, que, siendo por una parte un rígido molde que pretende aprisionar y torturar la realidad político-social viviente, suele ser al mismo tiempo el manipuleo de que el convencionalismo leguleyo se vale para escamotear la verdad y la justicia, en beneficio de los más hábiles manejadores del mecanismo de sus fórmulas.

A la propia Razón, pues, asistida por la experiencia histórica del siglo, corresponde desechar, en adelante, las tablas de los falsos valores teóricos, a los que se ha rendido culto falacioso en los últimos tiempos, para adoptar, frente

a la realidad de los problemas, la actitud pragmática, única que puede salvar del caos a la civilización.

XXX

NUEVOS CONCEPTOS DEL DERECHO PUBLICO

El derecho político, cuya expresión concreta ha sido hasta hoy, y desde hace un siglo, el régimen del liberalismo democrático, está indudablemente llamado a transformarse en virtud de los nuevos problemas planteados por los factores de la realidad histórica.

Desde el punto de vista del teoricismismo democrático, esa transformación a que nos referimos significa una herejía. Es natural que así lo sienta el liberalismo racionalista, psicológicamente identificado con las modalidades funcionales de un régimen ya insostenible, y fuera del cual no concibe sino la negación de todo derecho público.

Pero quienes no cierran su conciencia intelectual en determinadas ideas, sino que mantienen un espíritu abierto a los horizontes de la realidad viva, en su constante evolución —y el pensamiento verdaderamente libre exige que así sea—, comprenden que la caducidad fatal de ciertas formas no significa muerte, sino renovación.

Es necesario poner de acuerdo el pensamiento con la realidad histórica viviente —esto es lo verdadero—, y no obstinarse en el empeño vano de seguir encastillados en la ruina de principios sin fundamento y fórmulas vacías, pues que ya han perdido —si alguna vez tuvieron— todo contenido humano.

No hay ninguna razón valedera para que los que nos hemos formado intelectualmente en el seno del racionalismo democrático, y le hemos prestado fe y rendido culto, estemos obligados a permanecer fieles a aquello que la pro-

piá madurez del criterio y la experiencia de los tiempos ha demostrado ya ser un error. Sólo estamos obligados a ser fieles a nosotros mismos y a la verdad.

La verdad, que ha dejado de ser tal para nosotros, debe ser desechada; retenerla, mantenernos apegados a ella, como al cadáver de un muerto querido, es convertirnos nosotros mismos en cadáveres. "Dejad a los muertos que entierran a sus muertos", podríamos decir de aquellos que siguen aferrados a los conceptos teóricos que se les enseñó como verdad dogmática en las escuelas, pero que la realidad viva de los tiempos ha reducido a mentira.

No somos nosotros quienes cometemos infidelidad con los principios del dogma democrático; los principios nos han sido infieles, desmintiendo ante la realidad histórica la fe ilusa que en ellos habíamos puesto. La crisis de civilización que experimentamos en estos días tormentosos, nos ha mostrado la vaciedad de esos ídolos a los que creíamos dioses de razón. *Idola Fori*: por demasiado tiempo les rendimos adoración, ebrios de la retórica idealista, ciegos para la verdad que se escondía tras sus aras.

Ya hemos visto que tal sistema teórico no ha tenido realización auténtica en lo que va transcurrido desde su invención, hace más de un siglo, hasta el presente. Los regímenes democráticos han sido superestructuras políticas convencionales, debajo de las cuales operaba una realidad distinta. Se han mantenido las apariencias formales, se han cumplido las fórmulas, pero el contenido real de la vida política ha sido muy otro.

El régimen democrático más perfecto en apariencia, ha sido sólo un mero formalismo. Porque ninguna teoría dialéctica puede torcer el orden fundamental y permanente de la naturaleza de las cosas.

XXXI

FENOMENOLOGIA POLITICA DE LAS NACIONES

En la realidad del hecho, la forma de gobierno de cada país en un momento dado de su historia es la resultante inevitable de los factores que la determinan; esta ley rige no sólo para las situaciones normales y más o menos estables, sino para las anormales y transitorias, incluso las más férreas dictaduras.

Los grandes dictadores —y al mismo tiempo grandes reformadores— que aparecen periódicamente en la historia de los pueblos, son fenómenos de orden natural o providencial, o quizás de ambos órdenes a la vez, pues se hace muy difícil separar, en la trama intrahistórica de los sucesos, lo que es simple contingencia y lo que es destino.

El racionalismo democrático no admite al hombre providencial, caudillo o dictador de una hora histórica.

Pero tampoco reconoce el hecho, como fenómeno determinado por una ley intrahistórica, pues tampoco cree en la intrahistoria. El racionalismo cree sólo en el racionalismo, es decir, en los principios jurídicos por él establecidos. Todo lo que suceda fuera del orden jurídico convencional, fuera de las constituciones políticas elaboradas por las Asambleas, es simplemente subversión condenable y calamidad pública, contra las cuales se declara en guerra absoluta.

Sin embargo, ningún dictador puede llegar a serlo, si no existen, detrás de él, fuerzas que lo susciten; y menos aun puede permanecer siéndolo por un lapso prolongado, si no le sostienen esas fuerzas. Ningún hombre puede ser dictador por su sola voluntad de poder: es menester que su presencia responda a causas más profundas que su ambición personal, y a realidades objetivas más imperiosas que su capricho.

Aun en el caso mismo de ciertas dictaduras militares,

frecuentes en los países sudamericanos, existe una realidad colectiva de hecho que la determina; el estado social anárquico de los países, su falta de civilización, tienden a producir esa forma de poder arbitrario y a menudo tiránico. Los principios teóricos del derecho político son impotentes para modificar esas situaciones de hecho; sólo una transformación de los propios factores de la realidad determinante pueden operar un cambio de régimen.

La ley de la realidad es más fuerte que la ley jurídica, cuando ésta no está en concordancia con aquélla. Las constituciones políticas de estos países han sido siempre meras abstracciones jurídicas, sin aliento en la fenomenología real de las nacionalidades. De ahí su vigencia nominal y sus continuas transgresiones. El derecho, para tener realidad operante, tiene que estar de acuerdo con el hecho; si no, es pura artificialidad retórica.

Ningún régimen de los llamados de fuerza se sostiene, si esa fuerza no se fundamenta en factores sociales. Lo que es producto de la simple audacia y prepotencia sorpresivas, de un hombre o de un grupo —erigidos en tiranía—, es un hecho efímero. Muy pronto las fuerzas dominantes del organismo nacional restablecen el equilibrio. Porque así como todo líquido tiende a restablecer su nivel, las sociedades tienden al régimen de gobierno que les es propio en cada circunstancia de su vida histórica.

XXVII

DESPERTAR A UN REALISMO PROFUNDO

Despertamos de la gran ilusión racionalista. Empezamos a tener conciencia de la realidad histórica, a comprender la verdadera naturaleza del hecho humano, así en el individuo como en los pueblos. Porque individuos y pueblos responden a las mismas leyes fundamentales, son movidos por las mismas fuerzas. Y así como ocurre en los unos, ocurre en los otros. Una colectividad de hombres, ¿podría ser distinta,

en su naturaleza, al hombre mismo? Una nación, ¿no es idéntica en sus caracteres a sus individuos? En ambos, por debajo y por encima de lo consciente y razonante, opera lo irracional y lo inconsciente, de esencia poderosa.

El optimismo racionalista ha nutrido, por largo tiempo, el engaño de que el hombre racional era el hombre mismo; vale decir, que las normas de su razón lógica eran las verdaderas leyes de su vida; o que, por lo menos, debían serlo. El racionalismo ha mirado todo lo que no fueran sus conceptos lógicos, como el fondo ancestral, oscuro y bárbaro de la humanidad, del cual la cultura racionalista tendía a apartarnos; y ha concebido la civilización como el orden regido por las normas de nuestra lógica intelectual. La razón lógica, cuya índole es esencialmente matemática, ha tendido a hacer del hombre y del mundo un conjunto de funciones matemáticas.

Pero este ideal de racionalización progresiva del hombre y del mundo —ideal, cuya expresión política es la democracia teórica— ha fracasado en su largo intento de realización, que ha durado dos siglos, porque es opuesto a la verdadera naturaleza humana, en su doble plano biológico y espiritual.

Las leyes de la realidad viva son distintas a las fórmulas de la razón teórica. Ni el hombre físico ni el hombre moral, en su unidad integrativa, viviente, encajan dentro de los moldes de la lógica normativa. Y las sociedades humanas, tampoco.

Hombres y pueblos son movidos por razones distintas a las de la razón; fuerzas y fines de una naturaleza profunda y subliminal, superracionales e intrahistóricas, son las que mueven y destinan la vida de cada ser y del acontecer histórico. Empezamos a comprender que la realidad biopsíquica del hombre excede inmensamente a toda determinación de orden científico positivo, y que, por igual modo, la vida histórica de los pueblos desborda todos los conceptos de la moral racional y del derecho teórico.

No se trata de doctrinas, sino de hechos. No se puede querer o no querer que las cosas sean así: son. Nuestra actitud intelectual en nada modifica la realidad viviente, conformada a sus leyes. Sólo nos corresponde hacer conciencia de ello, y acordar nuestro criterio a esa realidad de orden natural y divino.

Porque todo lo que es natural es divino, en cuanto ha sido dispuesto así por el Creador. Toda ley de la realidad es ley sagrada, porque en ella se fundamenta el orden del mundo. Y nuestros juicios de valor deben ajustarse a esas leyes de la realidad, porque no hay valor más alto y más seguro que el de la ley creada por Dios. Esas leyes son valiosas por sí mismas por el hecho de ser, aunque ellas no conformen a nuestra razón lógica; toda nuestra lógica es simplista y vana frente a la misteriosa razón de ser de las cosas.

Al hombre lógico, ente teórico, fórmula abstracta de la matemática racionalista, sustituye ya el hombre real, misterio viviente, nudo de fuerzas y destinos, único verdadero y tal cual es, según leyes fundamentales de su naturaleza, que son de orden supremo. Así también, al concepto jurídico de una sociedad humana regida por las normas de un esquema lógico, ha de sustituir el sentido de la realidad necesaria, intrahistórica, de orden no-racional, cuyo acontecer mueven, desde lo profundo, fuerzas y modos incontrastables y permanentes.

La cultura racionalista, aun apegada a los postulados del idealismo teórico, que son sus fundamentos, sigue y seguirá, mientras subsista, conceptuando como barbarie todo aquello que esté fuera de sus esquemas lógicos, sistemáticamente cerrada a toda valoración de la realidad que no responda a sus teorías.

Para ella no existirá otro criterio valorativo que el de sus principios de razón. Civilización y racionalización son idénticos para ella; y fuera de sus normas de racionalización, sólo existe lo bárbaro. La cultura racionalista es im-

permeable a la conciencia del nuevo tiempo, porque ha atrofiado en las conciencias el sentido de la realidad viviente, sustituyéndolo por ciertas categorías ideológicas.

Sólo el criterio que se ha emancipado de esa prisión ideológica de las categorías culturales del racionalismo, para comprender el problema —y el misterio— de la realidad, en su verdadera naturaleza, en la necesidad trágica de sus leyes, pueden afrontar el hecho histórico de nuestro tiempo, con el sentido despierto de su significación y de sus rumbos.

El idealismo racionalista —cuyos son los principios teóricos del derecho político en que nos educamos— ha llegado al punto de su declinación histórica inevitable. La experiencia de un siglo ha demostrado el error de sus fundamentos; las condiciones de hecho en que se plantea el problema actual de nuestra civilización dictan su pase al pretérito.

Un nuevo concepto y un nuevo espíritu se levantan desde el oriente siempre joven de la historia, en perpetua renovación. Al idealismo racionalista, ya caduco, sucede un sentido profundamente realista de la vida, que se nutre de la intuición misma de los hechos, y no de sus apriorismos ideológicos; de la verdad viviente del hombre, desnudado de sus autodisfraces intelectuales.

Realismo profundo, este que adviene —forma y modo de una conciencia más conforme a las leyes eternas y a la naturaleza de las cosas—, nada tiene de común con el sensualismo ni con el positivismo, torpes engendros de las escuelas materialistas, puesto que su raíz es metafísica, y se alimenta más del espíritu de la profecía que de las teorías de la dialéctica; realismo, en fin, de esencia religiosa —el de los tiempos nuevos de la Historia—, por cuanto cree en la realidad del espíritu —en el espíritu como realidad—, y tiene las leyes fundamentales de la naturaleza humana —y de la realidad histórica—, como las leyes mismas del orden divino, en este mundo que habitamos.

SEGUNDA PARTE
LA TRAGEDIA DE LA DEMOCRACIA

;

.

REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION

El régimen de la Democracia electoral, estructurada jurídicamente sobre los principios abstractos del racionalismo idealista, hubiera podido proseguir, por tiempo indeterminado aún, en la situación convencional que le es propia, si la extrema izquierda ideológica, representada por el marxismo revolucionario —al amparo de circunstancias especialísimas—, no hubiera triunfado en Rusia, implantando el sistema estatal totalitario, que conocemos desde entonces con el nombre de Dictadura del Proletariado.

La influencia que este suceso produjo entre las masas proletarias de todo el mundo, acuciando sus tendencias reivindicatorias, fué muy luego sistemáticamente estimulada y dirigida por la propaganda efectuada desde Moscú mismo —por sus órganos de publicidad y sus agentes agitadores— con vistas al cumplimiento íntegro del programa doctrinario, cuya finalidad es la Revolución Mundial.

Así, las fuerzas proletarias movidas por las ideologías sociales, cuyas agitaciones fueron hasta entonces contenidas dentro del orden democrático constitucional —ya por el arreglo pacífico de los conflictos, ya por la represión violenta—, han ido adquiriendo, desde entonces, y más en ciertos países, caracteres de creciente peligrosidad, y provocando situaciones de gravedad suma.

Las masas proletarias —bajo esa sugestión de la propaganda— se han sentido a un paso del poder. La doctrina de la conquista violenta del gobierno —substituyendo al vie-

jo socialismo parlamentario, repudiado por la Tercera Internacional— creó en todas partes, si bien en unas con mayor intensidad que en otras, un nuevo problema de términos peyoratorios.

El régimen de la Democracia liberal se ha sentido débil ante el empuje de esta fuerza creciente, henchida a la vez de ímpetu y de astucia. La nueva "técnica" revolucionaria—en la que son Maestros los dirigentes comunistas de Rusia— torna endebles y rígidos los resortes del sistema político democrático; las fórmulas del liberalismo legalista van siendo cada día más insuficientes para dominar la tempestad de la demagogia.

Este fenómeno se produce principalmente en ciertos países de Europa, cuyas condiciones sociales y políticas del momento los hacen campo más propicio al movimiento revolucionario. Tales han sido Italia y Alemania, entre los mayores.

Pero he aquí que, del seno mismo de las sociedades amenazadas de la violenta y total transformación de sus estructuras políticas, económicas y espirituales, ha surgido el movimiento de reacción, cuya finalidad es contrarrestar aquel avance revolucionario, oponiéndole una fuerza operante en sentido inverso, pero en el mismo terreno de táctica "revolucionaria", orientada a la rápida conquista del poder dictatorial. Tal es el "Fascismo", nombre con que se le designa genéricamente, por haber sido el primero que adoptara al producirse en Italia ese fenómeno, y aun cuando los movimientos de su índole asuman modalidades y denominaciones propias en cada país.

La universalidad del Fascismo presenta idénticas determinantes que el Comunismo; pues, si éste aspira a la revolución mundial, y se agita en tal sentido, aquél aparece también como antítesis de acción mundial, en una dinámica simultánea y recíproca.

Cuando Mussolini dijo, al implantar su régimen en Italia, que el Fascismo no era artículo de exportación, vale

decir, que era una solución privativa de los problemas nacionales italianos, sin pretensión dogmática y proselitista universal, quizás no se había dado cuenta aún del carácter de universalidad del fenómeno, por el planteamiento de conflictos fundamentales semejantes en la mayoría de las naciones.

El movimiento iniciado en Italia se ha ido extendiendo luego a todas partes, no llevado por agentes agitadores del Fascismo mussoliniano, sino por reacción espontánea dentro de cada país, frente a la propagación creciente del marxismo revolucionario, en su doble acción, la pública y la subrepticia. El Fascismo italiano no ha hecho más que servir de índice a los otros, en su valor de espécimen prototípico, de un movimiento cuya etiología histórica comprende a toda la civilización occidental. ¿Y en qué tierra del mundo no ha puesto hoy su planta esta civilización nuestra, tan dominadora y tan enferma, cuya parábola de futuro tanto nos inquieta?...

Es por ello que, dentro de tendencias primarias mundialmente idénticas, la Contrarrevolución asume, en cada país, modalidades nacionales distintas, de acuerdo con los caracteres y las circunstancias nacionales. Lo mismo cabe observar de su antagonista, el Comunismo, cuyas modalidades tienden también a adoptar tácticas circunstanciales, no obstante su finalidad dogmática uniforme.

XXXIV

LA IZQUIERDA, ENVOLTURA MARXISTA

La relación de uno y otro movimiento es, puede decirse, casi automática. Allí donde el Comunismo es inoperante, el Fascismo apenas existe; en cambio, donde aquél ha adquirido mayor empuje, éste adquiere también carácter más pujante; y donde el peligro de la revolución se siente inminente, la reacción se adelanta a la empresa de la toma del poder

público, implantando el régimen dictatorial que le permite ahogar al enemigo.

Porque la lucha de las dos fuerzas es a muerte. La que logra el poder, ha de aplastar totalmente a la contraria. Si no la aplasta totalmente, por los medios radicales del despotismo, corre el riesgo de ser suplantada y aplastada por ella. Así ha ocurrido en Italia y en Alemania, donde el poder dictatorial conquistado por la contrarrevolución ha sido el arma sistemática de destrucción de todo elemento marxista; y aun más: de todo elemento que, sin ser definitivamente marxista, está influido por ello o puede favorecer en alguna forma su avance; tal, los partidos democráticos izquierdistas.

Para el Fascismo, al igual que para el Comunismo, el Poder Político es el instrumento de creación de un orden especial, cuyas condiciones no sólo eliminan momentáneamente el peligro del contrario, sino que hagan imposible su existencia, de un modo permanente y definitivo. No se limita, por tanto, a la simple implantación de un gobierno de fuerza, para la represión y extirpación del marxismo; estructura un nuevo sistema político, económico y cultural, a fin de constituir no sólo un orden estatal, totalitario de hecho, sino un estado de conciencia nacional, una psicología colectiva antimarxista.

Y pues que nos hemos referido, en párrafos anteriores, a la acción subrepticia del marxismo revolucionario, diferenciándola de la acción pública, aclaremos el punto.

La acción pública, declarada, es aquella que atañe al Partido Comunista organizado como tal, con sus comités políticos, sus actos de propaganda, sus periódicos y su intervención electoral y parlamentaria. Pero esto no es todo el Comunismo; ni siquiera lo más importante de él, a los efectos de su poder revolucionario. De mayor trascendencia, quizás, que esa acción política definida del Partido Comunista, es la táctica de infiltración psicológica que va operando en distintos ambientes, ya obreros, ya de la clase

media, ya en los estudiantiles, de manera de crear un clima mental propicio, y un estado de agitación difuso.

Una profusa literatura ideológica que abarca todos los géneros, desde la pedagogía a la novela, es intensamente fomentada en libros y periódicos, colaborando con la sugestión directa personal de los agentes agitadores, que actúan en toda agrupación de tendencia izquierdista. El izquierdismo se convierte, así, en el caldo de cultivo de la ideología revolucionaria y la trinchera a cuyo abrigo se realiza el avance subrepticio del comunismo.

Se trata de una táctica "jesuítica", según el dicho vulgar, y por tanto, mucho más eficaz que la otra. Esta tiene por finalidad preparar el terreno a la revolución. El Komintern se encarga de alimentar y dirigir esta acción subrepticia, al mismo tiempo que la acción pública de los Partidos Comunistas en todo el mundo.

Conviene aclarar que, tal vez la mayoría de los componentes de los centros políticos o culturales "izquierdistas", no son conscientes de este fenómeno. Creyendo servir a la "Democracia", ídolo del que son devotos, sirven, en realidad, a aquello que, por debajo de las apariencias, constituye la verdadera energía histórica operante. Cuando suena la hora propicia, como en España, la Revolución desborda y rompe los diques de la Democracia, demasiado débiles para contener la fuerza que ha incubado en su propio seno.

XXXV

EL DILEMA ANGUSTIOSO DE LAS DEMOCRACIAS

Una pragmática del marxismo revolucionario ha sido adoptada por los regímenes fascistas; aquélla que hace del estado dictatorial el órgano de modelación de una conciencia social-política específica, de modo que la psicología colectiva responda al orden de cosas implantado, siendo garantía de su permanencia. Así se hizo —o se ha intentado

hacer— en Rusia; así en Italia y en Alemania, con opuestas doctrinas.

Para ello ha sido menester que el Estado ejerciera la dirección inmediata de todas las actividades culturales, desde la instrucción pública primaria, hasta la publicidad de librería. Nada opuesto, directa o indirectamente, al orden de cosas implantado, puede ser permitido si se ha de aplicar rigurosamente aquel sistema constructivo. Ninguna actividad educativa es lícita, si no responde a las directivas de aquella formación psicológica. Pues Fascismo y Comunismo no son sólo regímenes de Estado, sino regímenes de conciencia.

Fascismo y Comunismo, siendo, pues, antagónicos en sus principios y en sus finalidades, son idénticos en cuanto a sus modalidades técnicas. Sistemas ambos de despotismo estatal totalitario, ejercidos mediante el órgano de una dictadura, coinciden en la negación radical del derecho político de la Democracia.

Ambos han venido, pues, a tomar al sistema democrático, como entre el choque de dos fuerzas, a cuyo dilema destructivo no puede escapar prácticamente, aun cuando en la teoría sus defensores sigan predicando sus excelencias.

La palabra de orden en los países donde sigue en pie el régimen político democrático —aun cuando su integridad tiende a menguar en todas partes— es: ni Comunismo ni Fascismo, sino Democracia. Pero esta palabra de orden es cada día más un mero orden de palabra. Ante el embate encontrado de aquellas dos fuerzas, la Democracia va siendo más y más estrechada en sus posiciones. Y no le va quedando más salida prácticamente posible, que inclinarse a uno u otro lado, pactando condicionalmente con las fuerzas en pugna, y declinando forzosamente de su integridad teórica para asimilarse algunas de las características de sus adversarios.

Bajo la presión de las condiciones reales de esta hora histórica, las democracias se ven obligadas a claudicar de

ciertos principios para poder seguir existiendo. De empeñarse en permanecer estrictamente dentro de las normas legalistas, las democracias desgarradas por el antagonismo violento de aquellas dos fuerzas históricas contemporáneas, se encuentran completamente impotentes para resistir y dominarlas. Caen fatalmente en poder de una o de otra tendencia. O la revolución marxista, o la reacción fascista: dilema forzoso, ineludible, a menos que la democracia se decida a defender sus últimas posiciones, adoptando medidas de carácter no-democrático. La Democracia no puede salir del círculo de su paradoja.

A esa actitud de claudicación práctica —que podría sintetizarse en el lema "perder algo para no perderlo todo", o en este otro menos benévolo, "sálvese la Democracia, aunque perezcan los principios..."— pertenecen las medidas prohibitivas contra la libertad de acción del Comunismo y del Fascismo, que dictan los gobiernos de estructura democrática, para defender la permanencia del orden.

Esa medida, tomada a tiempo, tendría, en efecto, la virtud relativa de alejar por el momento el peligro de ambos adversarios. Pero esa medida nunca se toma lo bastante a tiempo para que se salve la integridad del régimen democrático, si es que aquellas mismas medidas no significan ya una transgresión de los principios. Se toman cuando algunas de esas tendencias ya han logrado cierta preponderancia en el gobierno.

Mientras la democracia aparece hoy como una entidad pasiva —acaso porque declina ya su ciclo histórico posible—, los movimientos antidemocráticos están dotados de una energía activísima, que hace de ellos los verdaderos protagonistas del drama mundial. La ley de su existencia es actuar, persiguiéndose mutuamente en su rivalidad por el poder. Donde el uno aparece, aparece en seguida el otro. Y como ambos profesan la táctica de ir dominando por todos los medios los resortes del poder público —como ambos practican a conciencia el más astuto maquiavellismo—, se fané-

meno propio de nuestros días —aunque él pase inadvertido para el común de las gentes— que ambos se disfracen, en cuanto puedan, con el ropaje o el rótulo de la Democracia.

XXXVI

LAS FUERZAS OPERANTES DEL PROCESO

De nada vale persistir en la afirmación de la actitud democrática, negándose a reconocer, en sus verdaderos términos, la realidad de la crisis histórica fundamental por que atraviesa el mundo.

Izquierdas y derechas no son más que los campos de influencia dominante de las tendencias radicales en pugna. Del centro equidistante, zona ideal, meramente teórica, hacia los extremos opuestos, se van definiendo las gradaciones diversas en relación con su mayor o menor proximidad al punto gravitatorio; pero todo gravita hacia uno u otro de los extremos, en un confuso juego de equilibrios inestables.

La situación es totalmente distinta a la que predominaba antes de producirse el hecho enorme de la Revolución Rusa y de la Contrarrevolución Fascista.

En esa época anterior —hasta la guerra europea...— el punto gravitatorio de las fuerzas políticas era, precisamente, el centro democrático. Extremismos hubo siempre, de izquierda y de derecha, opuestos al sistema imperante; socialistas-anarquistas, por una parte; monárquicos y ultramontanos, por la otra. Y los distintos partidos progresistas, liberales o conservadores, eran gradaciones de esa masa media, definidas por su mayor o menor alejamiento del centro gravitatorio. Pero ahora, el factor determinante reside en los extremos; y la masa media se ha partido, respondiendo a uno u otro de los polos opuestos.

En el orden del acontecer exterior, de la fenomenología política, este cambio general de situación se debe, en gran parte, a la debilitación del socialismo, en cuanto partido de

mocrático de avanzada, para dar lugar al robustecimiento de la tendencia comunista, substituyendo al viejo parlamentarismo romántico —devoto aun de los Derechos del Hombre— (encarnado en un Jaurés), por los métodos de la acción directa, preconizados por la Tercera Internacional.

Pues, aun cuando el socialismo parlamentario tuviera por base "científica" —así al menos lo creían— el materialismo histórico de Marx, con su dialéctica económica de la lucha de clases, y tendiera asimismo a una transformación del orden social sobre el esquema de aquella teoría, su acción política inmediata, concreta, encuadraba en el orden de la democracia, de la cual, a pesar de Marx, guardaba el culto de los "principios" idealistas.

El socialismo humanista, pseudocientífico, que constituía la izquierda parlamentaria del tiempo anterior a la Revolución Rusa, era, precisamente, la expresión culminante de esa paradójal contradicción de nuestra cultura, que ha realizado ese hibridaje monstruoso, por lo que revela, a la vez, de inconsciencia y de buena fe, entre las teorías del materialismo científico y los principios abstractos del idealismo racionalista.

Eso acabó —por lo que respecta al marxismo— con las nuevas pragmáticas de la Tercera Internacional Roja, que decretó la muerte de los viejos principios democráticos, para substituirlos con la técnica de la dictadura del proletariado.

No serán éstos, ciertamente, más plausibles que aquéllos, desde el punto de vista humano; pero, al menos, no se puede negar que son más lógicos.

El resultado de ese cambio de doctrina política ha sido el desplazamiento del marxismo del campo democrático, para crear con él una fuerza netamente revolucionaria en su mayoría.

Roto el equilibrio funcional de la democracia política, todas las otras fuerzas sociales no marxistas, las fuerzas conservadoras del orden social existente, han sido, a su vez, desplazadas, voluntaria o involuntariamente, hacia el polo activo

de la extrema derecha, representado por la tendencia fascista. Y los gobiernos aparentemente democráticos, llamados de izquierda o de derecha, son, en realidad, gobiernos en los que predomina, dándole colorido y tendencia, uno u otro de los antagonismos en lucha. Son instrumentos de la Revolución o de la Contrarrevolución.

Porque en la mezcla de elementos políticos diversos que componen el conglomerado izquierdista o derechista, el Comunismo y el Fascismo son los factores de mayor energía, ya que no los de mayor número. El número no es lo importante, sino la intensidad de la acción, la voluntad de potencia, la disciplina, la táctica. Un marxista o un fascista valen, en la acción, por diez demócratas.

XXXVII

DESTINO POLITICO DE LOS LLAMADOS "FRENTE POPULARES"

Siendo Fascismo y Comunismo los verdaderos protagonistas del drama histórico de esta hora, todo gira fatalmente en torno de ellos. Y prácticamente no se puede estar fuera de su campo de influencias, a menos de mantenerse al margen de toda acción. Pero, ¿quién puede substraerse del todo a la acción, en una u otra forma? Los intelectuales menos que todos, a menos que renuncien a escribir. No basta renunciar a escribir; sería preciso también renunciar a pensar.

Todo el mundo, y los intelectuales en primer término, están, más o menos, en uno u otro campo. Lo están aunque no lo quieran; y hasta, a veces, aunque no lo sepan. Esto último es más frecuente de lo que parece. Hay muchos que creen servir a la democracia, y en realidad están sirviendo al despotismo marxista, que es el monstruo escondido en la matriz de todo izquierdismo.

El llamado "izquierdismo" no existe, en estas circunstancias históricas, sino para servir de matriz a la demagogia

roja, que sale a luz a su término; salvo que ocurra un aborto imprudente, y el movimiento fracase, aplastado por la reacción —por la Contrarrevolución— si ésta está alerta y preparada para intervenir a tiempo.

La función de los llamados "Frentes Populares" es preparar el camino de la revolución. De esto, no son conscientes muchos de los que participan en ellos, con la buena fe ingenua de defender los "principios" democráticos, o la "cultura", contra el avance del Fascismo.

Téngase muy en cuenta el hecho de que esa táctica del "Frente Popular" —conglomerado de todos los partidos políticos de "izquierda", cuya bandera ocasional es la lucha contra el Fascismo— haya sido concebida en Moscú, y preconizada en todas partes por los dirigentes comunistas.

La táctica del "Frente Popular" tiene, para el Comunismo, doble objetivo: uno inmediato, otro para después. El inmediato, cierto, es impedir la instauración de un gobierno de las derechas, adverso al marxismo, que constituya un obstáculo a su marcha, y que a su vez prepare, más o menos subrepticamente, el advenimiento de su enemigo mortal, el Fascismo.

El predominio político de las izquierdas aleja el peligro del Fascismo y deja el camino libre a la acción marxista. Este es el primer objetivo, logrado el cual se dirige al segundo: preparar la Revolución que instaurará la Dictadura del Proletariado.

La política gubernamental del frente izquierdista es el medio propicio a la incubación de esa Dictadura. En su seno, el marxismo se acrece y predomina —no tanto por su número, ya dijimos, sino por su potencialidad de acción—. En la táctica revolucionaria, el número bruto es secundario, puesto que se trata de "apoderarse" de la dirección; y así, avanzar rápidamente hacia su objetivo, a través de un estado de confusión demagógica creciente, que precipita la descomposición del régimen democrático, reduciéndolo a la impotencia para contrarrestar la anarquía.

XXXVIII

EL EJEMPLO DE ESPAÑA

España nos da ejemplo de este proceso. A poco de instaurarse la República, la lucha de la Revolución y de la Contrarrevolución fué planteada en forma violenta, disputándose ambas tendencias el predominio gubernativo; la República no fué ya sino el campo de lucha de las dos fuerzas antagónicas, el ring de ese match, en que uno de los dos debía quedar necesariamente anulado.

La táctica del Frente Popular, que hizo su aparición por primera vez allí, precisamente, puso el gobierno en manos del conglomerado izquierdista, determinando la preponderancia creciente de los factores revolucionarios.

Se produjo pronto una situación de violencia, de desorden y de angustia general, que culminó en el asesinato de dirigentes políticos. Esta fué la chispa del incendio que hoy está devorando a España.

Si no se hubiera producido el levantamiento del ejército contra el gobierno, hubiera estallado, a poco, la Revolución marxista, que ya estaba madura. La República constitucional, tomada entre aquellas dos fuerzas, no podía seguir sosteniéndose; tenía que caer forzosamente a uno u otro lado. Y entre un lado y el otro, entre la Revolución y la Contrarrevolución, se debate ahora España en la más terrible de las guerras civiles que conozca la historia.

El triunfo de uno u otro de los bandos sólo puede traer aparejado el predominio decisivo del marxismo o del fascismo; aquellos términos medios del equilibrio democrático han desaparecido de hecho, y creer en la posibilidad de su restauración inmediata, es ignorar la realidad de las cosas.

De ahí que, juntamente con las tendencias antagónicas del propio pueblo español, hayan intervenido activamente en la guerra —cuyos horrores han llenado de espanto al

mundo— las potencias europeas, donde el régimen de la Revolución y el de la Contrarrevolución está establecido oficialmente. Moscú, por una parte, Roma-Berlín por la otra, han contribuido a convertir la guerra interna española en lucha de trascendencia general para los dos regímenes en pugna.

Demócratas ingenuos, bajo la confusión del sofisma marxista, siguen sosteniendo que la lucha que se libra en España es entre la Democracia y el Fascismo. Tal opinión es corriente entre los "intelectuales". Mal anda la intelectualidad, cuando así renuncia al máspreciado de sus fueros: el sentido crítico; y cae en la fácil sugestión de la masa.

Que los marxistas afirmen esa falsedad, es lógico, puesto que sirven a sus fines; utilizan el culto convencional de la Democracia en beneficio del éxito de su ideología. ¿No se han atrevido, con toda soltura, a llamarle al régimen que impera en Rusia "la democracia soviética"?

Pero que tal repitan, como inconscientes papagayos, los intelectuales que no profesan aquella ideología, es síntoma de una grave crisis del criterio.

En el fondo, este fenómeno de confusión es una prueba más del hecho antes señalado: el predominio que las tendencias revolucionarias y contrarrevolucionarias ejercen sobre todos los elementos que se hallan dentro de sus respectivos campos de influencia. Todo izquierdismo va a Marx, por un fatal declive histórico, como toda derecha tiende fatalmente al Fascismo. Y en este dilema, no teórico, sino práctico, está la encrucijada del siglo.

XXXIX

CONCIENCIA DE LA REALIDAD

Hay que tener conciencia de la realidad inevitable. No sabemos las formas de realidad que nos depara el porvenir, dentro de cincuenta años. Toda profecía al respecto es vana,

salvo aquella que nos da la evidencia intuitiva de que cualquiera de las formas del presente, es precaria y sólo de valor circunstancial. El triunfo definitivo no será del marxismo ni del fascismo. Ambos son términos de la relatividad del juego. Pero, ¿acaso hay formas definitivas en la historia?...

Otra cosa, sí, sabemos como segura. Y es que, cualquiera sea la realidad del porvenir, que no conocemos, la realidad presente, cuyo problema pesa sobre nosotros, se debate entre estos dos imperativos antagónicos que nos oprimen.

La conciencia de nuestra verdadera posición histórica nos hará más conscientes de nosotros mismos. En vez de ser llevados, arrastrados en la inmensa corriente colectiva que impulsan las fuerzas, sin entidad propia, seamos entidades levantadas sobre la subconsciencia de la masa, no para mirar pasar los acontecimientos del mundo, como río turbio y agitado al pie de nuestra torre, posición que las circunstancias históricas han hecho casi imposible, sino para actuar, en la manera y la medida que nos corresponda, con el máximo albedrío moral.

Todo individuo está situado, y estándolo, le alcanzan las definiciones de la contienda. Nadie puede sustraerse hoy a las condiciones imperiosas del acontecer. La actitud de observación y de examen no puede inmovilizarnos al margen de la vida. Hay que reflexionar andando, pues los hechos mismos nos obligan. El ritmo de los días es cada vez más acelerado; y los sucesos más decisivos están próximos.

Es menester marchar con los destinos colectivos, pero salvando al menos la personalidad. Este problema de salvar la personalidad de la absorción política de la masa, es de lo más difícil, según vamos viendo, para el hombre intelectual de nuestro tiempo. Una psicología standard, para uso práctico del vulgo, hace presa en la mayoría de los que escriben y de los que predicán para el público del Agora. Ya sólo se habla en "frases hechas".

El fracaso de la intelectualidad contemporánea está

testimoniado en esa absorción de la conciencia pensante por el espíritu anónimo de la masa.

No sólo se habla por "frases hechas", que justificaría tal vez la necesidad de hacerse entender del vulgo; se piensa también con "ideas hechas", que es casi como no pensar. Un limitadísimo repertorio convencional de conceptos y de expresiones sirve para el uso común de cuantos, en uno u otro campo, ofician de tribunos y publicistas. La disciplina de "masas", que es el quid de la táctica revolucionaria y contrarrevolucionaria, incluye a todos en las mismas "consignas" militantes.

El resultado de medio siglo de extensión cultural intelectualista no ha sido de elevar la "masa" a la altura de los intelectuales, sino rebajar la intelectualidad al nivel de la "masa".

Nunca una vulgaridad tal como la de ahora, ha sido la tónica de la palabra hablada y escrita. Todo es propaganda callejera y no otra cosa. Convertidos en meros agentes político sociales, nuestros intelectuales de Ateneo —transformados en Comités— aparecen como meros repetidores de lugares comunes de un dogmatismo escolar simplista.

Y lo peor no es eso todavía. Lo peor es que llevan ese mismo oficio de vulgaridad al plano de la literatura. La novela, el teatro y hasta la poesía, son rebajadas a prestar servicios de propaganda. La militancia ideológica del escritor es totalitaria. No queda un rincón en su psicología que no haya sido invadido por el dogmatismo político.

XI

POSICION INSOSTENIBLE DE LA DEMOCRACIA

La posición de la Democracia dogmática es ya prácticamente insostenible, porque, no habiendo podido resolver ninguno de los grandes problemas de fondo que la realidad social le plantea, es desbordada y rota en sus estructuras

por la imperiosidad cada día más perentoria de los hechos.

Esto está perfectamente dentro de la paradoja del sistema que, pretendiendo ser de esencia y de finalidad populares, es incapaz —orgánicamente incapaz— para realizar ninguna reforma que responda a las necesidades del pueblo.

La Democracia doctrinaria ha demostrado, en efecto, definitivamente, su incapacidad orgánica para resolver por sí misma sus propios problemas. No los problemas de orden meramente legalista, que ya no interesan más que a los leguleyos, sino los sustantivos, los verdaderamente humanos y vitales para el orden social.

Está ya probada la ineptitud del régimen para adaptarse a las nuevas condiciones de la realidad, cuyos peores efectos los sufre la masa popular. Y es así cómo el régimen desvirtúa en la práctica la propia finalidad teórica, que es el bien común. Y la desvirtúa forzosamente, porque su doctrina política no concuerda con la realidad social y es, por ende, impotente para operar sobre ella en modo positivo.

Los fundamentales y terribles problemas están ahí, golpeando a las puertas de los Parlamentos, sin que puedan dominar el ruido de las discusiones estériles, en que los grupos políticos se debaten. ¿Qué de extraño, pues, que la realidad dé la espalda a los Parlamentos?...

Por fatal ironía, cuando algo se intenta hacer en una Democracia para conjurar la gravedad de la crisis político-económica, ocurre lo que ya anotamos está ocurriendo en los Estados Unidos: el Presidente es investido de poderes extraordinarios, pasando a ejercer una especie de dictadura legal, que no otra cosa significa, sino que el Parlamento ha renunciado a sus prerrogativas constitucionales teóricas, comprendiendo su incapacidad práctica frente a las realidades del hecho.

Naturalmente que, como en el caso de Norteamérica, esos poderes formalmente otorgados son limitados y tienen que operar dentro de un sistema establecido demasiado estrecho, para que sus efectos puedan ser suficientemente efi-

caces. Sólo alcanzan a ser paliativos, alivios de una situación cuya tirantez aflojan momentáneamente. Pero aun así, sólo pueden aplicarse con el expediente de la resignación parlamentaria, bajo la condición de las facultades expeditivas. Ordinariamente, es decir, dentro de la estricta normalidad teórica del sistema, es imposible.

Esta imposibilidad se comprende fácilmente en cuanto se define el sentido de las medidas que la semidictadura económica presenta en los Estados Unidos de Norteamérica, país que hasta ha poco fué la Democracia más celosamente liberal del mundo, debido al carácter individualista de su gente, a su tradición educativa del "Self made man"; y también a la preponderancia política que en él había llegado a adquirir la plutocracia industrial y bancaria, intransigente en la defensa de sus privilegios casi feudales.

Ese sentido no es otro que la facultad directiva asumida por el Estado —en este caso, el Poder Ejecutivo—, con respecto a todo el funcionamiento político-económico del país, tendencia ésta que allá en los Estados Unidos, apenas intentada, ha sido y sigue siendo resistida por las fuerzas del feudalismo capitalista, tradicionalmente liberales, aunque parezca paradójico.

El régimen de la economía liberal capitalista —al que se debe la crisis social de fondo que actualmente padecen las naciones— corresponde al régimen de la Democracia liberal; una economía dirigida estatal no puede aplicarse bajo ese régimen; requiere una política "dirigida" también, es decir, una estructura constitucional del Estado distinta a la del actual sistema electoralista del parlamentarismo político.

La solución de los terribles conflictos del capital y del trabajo, de la producción y del consumo, la plaga de la desocupación obrera y la miseria proletaria que es su consecuencia, los abusos vampíricos del mercantilismo, los escán-

dalos financieros de la banca privada y las empresas su control —en los cuales aparecen siempre envueltos eleme-

tos políticos de influencia (pues, la venalidad es uno de los más endémicos males de este orden de cosas, degenerado ya en franco desorden)—, todos éstos y otros vicios inherentes al sistema, que componen el cuadro clínico de una sociedad profundamente enferma y sin remedio —a menos que se recurra a los remedios heroicos—, hacen ya insostenible el falso equilibrio del régimen que hasta hoy conocimos con el nombre de Democracia, tomado entre el dilema angustioso de sus dos antagonistas.

XLI

HACIA OTRAS FORMAS DEL ESTADO

"¿Qué hasta hoy conocimos con el nombre de Democracia...?" Esto tiene por intención aclarar el sentido mismo de la palabra Democracia. Pues, si por tal ha de entenderse un orden social-político que garantice al pueblo, a la masa social, sus elementales derechos a la vida, forzoso es reconocer que este orden, o este desorden "que conocemos con el nombre de Democracia", nada tiene verdaderamente de tal, ya que no ha cumplido ni puede cumplir esa finalidad.

El régimen de la Democracia teórica sólo ha dado al pueblo la ficción de unos derechos cívicos perfectamente inútiles, haciéndole comulgar con la sugestión utópica de su propia soberanía, mediante la farsa del sufragio universal, y resolviéndose todo en cuestiones de mero formalismo.

La Democracia política —falsa Democracia desde el punto de vista del bien positivo del pueblo— ha de dejar su lugar a un orden de cosas más conforme con la fundamental y permanente realidad humana y con las necesidades históricas de esta nueva hora del mundo; un orden más racional, pero no racionalista, que en vez de los falaces derechos del electoralismo de Comité —mera charlatanería—, dé al pueblo lo que es del pueblo: su pan y su vino; su alimento corporal y espiritual. El pueblo no necesita más; ni la civi-

lización tampoco. Todo lo demás es invento del charlatanismo demagógico, que va a parar a la comedia burguesa del parlamentarismo o a la tragedia abominable de la revolución roja.

Si la quiebra de la Democracia teórica, por una parte, si el fracaso de la revolución marxista por otra, eliminan del campo de nuestra concepción positiva ambos regímenes de Estado, lo que se impone es, pues, ir resueltamente hacia un orden de cosas de sentido realista, vale decir, que opere, no con ideas paralogísticas, sino con los elementos de la experiencia histórica inmediata; y que comprenda la realidad humana —en lo que tiene de temporal y de eterno, de condicional y de categórico— en su doble existencia, biológica y espiritual, que de ambos factores está hecho el fenómeno de la cultura.

Fuerza es obedecer a la necesidad histórica de este tiempo, de que el Estado asuma las funciones de sumo coordinador de la vida económica de las naciones, para que cese el desorden de la "lucha de clases", regulando las relaciones del capital y del trabajo, y las de ambos con los intereses comunes de la nación; para que termine la plaga de la desocupación y del pauperismo, medio fértil a la cizaña de los agitadores; para que la codicia prepotente del capitalismo no provoque el hambre y la furia del proletariado, imponiendo su tiranía plutocrática al Estado mismo; para que los predicadores de falaces utopías revolucionarias no perturben las cabezas de los simples y lancen al pueblo a las funestas aventuras.

XLII

FUNCION DE LAS CLASES SOCIALES

La concepción marxista de una sociedad "sin clases", es decir, sin categorías reales, es una aberración del racionalismo teorético, disfrazado de científicismo. Ni aun en el

sentido estrictamente económico es sensata ni posible tal utopía dialéctica, pues toda categoría selectiva definida requiere cierto grado de independencia material, una condición que no puede darse en una sociedad de proletarios, donde el Estado sea el único propietario, y, por tanto, el amo absoluto, la categoría selectiva y la autonomía de la personalidad no son posibles; el espíritu de la masa absorbe y confunde todas las cualidades en la uniformidad de un tipo colectivizado y rebañado.

Pero la fuerza de las leyes específicas de la humanidad es tal, que ni aun en la propia Rusia soviética, campo de experimentación de la teoría marxista, se ha logrado imponer aquella utopía del igualitarismo colectivizante, contraria a la realidad fundamental de la naturaleza humana y a sus finalidades propias, ya que allí mismo se ha formado —como sustitutivo de defensa— una clase burocrática oficial con sus prerrogativas de hecho sobre el común de la masa proletaria, y cuyas diferencias económicas tienden a concretarse según las aptitudes y las funciones.

Por otra parte, aun en el mismo plano común de la producción industrial, se tiende mayormente cada día, bajo la presión de la necesidad, a distinguir categorías económicas, que luego, inevitablemente, devienen también sociales —entre los trabajadores más aptos y los menos aptos—. Las capacidades técnicas individuales tienden, a su vez, a “distinguirse”, económica y socialmente, de la simple manualidad obrera. Del dogmatismo nivelador del primer instante revolucionario, van surgiendo así, espontáneamente, por ley natural, nuevos modos de diferenciación selectiva, de clases sociales.

Un régimen de Estado realista no puede pretender abolir las desigualdades de clase, órganos de la selección vital y del refinamiento de la cultura. Lo que puede y debe pretender es resolver sus conflictos prácticos en relación con el interés general, y dentro de un orden jurídico impuesto por

las necesidades del Estado, órgano supremo, a su vez, de la civilización, como realidad histórica.

La extrema izquierda, a donde la política de izquierda tiene que ir a parar fatalmente, por ley de inercia, si se halla entregada a sí misma, como ocurría en España en vísperas de la guerra civil, ya nos ha mostrado suficientemente sus frutos en esa quimera monstruosa del soviétismo ruso, cuyas últimas ilusiones debieran haberse desvanecido para la intelectualidad occidental, después de la aventura resonante de Gide, quijote ideológico vuelto a la cordura del desengaño, y a quien sólo cabe reprocharle que haya requerido ir a tocar materialmente con sus manos la imagen real del ídolo, para comprender que no era más que una grosera mistificación y una burla del teoricismo.

No queda más camino, para el discernimiento lúcido y severo de los hechos, que el de una orientación del concepto hacia una nueva forma realista del Estado, en la que los problemas angustiosos planteados por esta crisis de la civilización, se resuelvan, en cuanto cabe en el albedrío humano, no por sujeción a falaces teorizaciones ideológicas, sino en virtud de las necesidades pragmáticas de la Historia.

XLIII

FIN DEL MATERIALISMO DIALECTICO

Sí, el régimen de la Democracia política ha engendrado en su propio seno los fundamentales problemas político-económicos que, por sí misma, es impotente para resolver, y que son, en consecuencia, los factores inmediatos determinantes de su crisis actual y de su necesaria transformación.

¿Es, acaso, este hecho histórico evidente, una comprobación de la doctrina dialéctica del marxismo? Admitirlo, sería caer en la falacia paralogística que asimila los procesos vitales al artificio meramente lógico del silogismo.

El error inicial del materialismo dialéctico —que proviene

de su mismo vicioso origen hegeliano— está en esa sistematización del artificio silogístico, como ley universal de la realidad histórica.

Los procesos de la realidad fenomenológica son demasiado complejos en sus intrincadas relaciones psico-físicas, para que pueda reducirseles a una mecánica tan simplista; y por otra parte, la realidad intrahistórica, la que está detrás de los hechos —objeto de intuición más que de lógica—, es lo bastante profunda y misteriosa en su esencia para que pueda admitirse, como *factotum* evolutivo, el determinismo económico concretado en la lucha de clases, y deducir todo lo demás como superestructura; todo lo demás, incluso las más superiores formas del Espíritu, en cuya categoría ontológica, por otra parte, el materialismo marxista tampoco cree. Pues para él no existe nada que deba tenerse en cuenta, fuera de los fenómenos que analiza la llamada psicología científica, o sea, la *fisio-psicología*. Lo esencialmente espiritual que es la religión, ¿no fué declarada por su fundador "opio del pueblo", y como tal, condenada a persecución por el Estado marxista?...

El marxismo es fundamentalmente ateo. Y la Dictadura del Proletariado, aplicación política práctica de la doctrina, tiende de suyo a hacer del ateísmo un estado de conciencia colectiva, creando un tipo de cultura apropiado a esa finalidad. La cultura sin Dios es la resultante necesaria —la superestructura determinada, dirían ellos— del Estado sin Dios. La intelectualidad genuinamente comunista de Rusia ha declarado que el Espíritu es una palabra burguesa.

El propio marxismo aparece así, ante la crítica histórica, como la forma intelectual extrema del racionalismo dialéctico, que coincide precisamente con el crepúsculo de la época racionalista.

Pero he aquí que, aun cuando se admitiera la hipótesis falaz del silogismo histórico, el Comunismo marxista no podría ser la síntesis de este proceso. Sería la antítesis pura.

La síntesis habría que buscarla en otro régimen social-político que refundiera o conciliara ambos términos, superándolos.

Una forma de Estado que tomara del Socialismo estatal lo que es prácticamente valedero —por responder a los factores imperiosos de la realidad—, pero que al mismo tiempo conservara aquello que de valioso y necesario existe en el orden presente, así en lo material como en lo espiritual, o más exactamente, aquello que, en éste como en todo orden histórico relativo, es de valor permanente y de permanente realidad: tal sería la forma verdadera de una síntesis viva, ajena a todo paralogismo teórico, que no perdiera, sino que acrecentara la continuidad tradicional de las esencias eternas de la civilización humana.

XLIV

TRADICION Y DEVENIR

Y tal será, necesariamente, la forma que ha de concretarse en el devenir inmediato de nuestro tiempo; mas no por sujeción a la supuesta ley dialéctica de la historia, que postula el marxismo revolucionario, sino en virtud de otras leyes de metamorfosis evolutiva, que vemos regir todo el curso de la historia humana.

La revolución marxista pretende, en efecto, cortar de un tajo sangriento la historia de la civilización, más radicalmente aún de lo que pretendiera, en su día, hacerlo la Revolución Francesa, aboliendo todas las formas y los valores anteriores a su realización, para edificar, desde los cimientos teóricos, un orden totalmente distinto. Esta pretensión está de acuerdo con su teoría de que todo es superestructura del régimen económico; ergo, transformando éste, debe transformarse todo lo demás, incluso el hombre.

La historia nos muestra que las transformaciones orgá-

nicas no han ocurrido nunca de tal modo en las sociedades, y que ninguna revolución político-social puede cambiar la realidad humana permanente.

Toda revolución que tal pretenda, es seguida necesariamente de una reacción interna, que restablece el equilibrio de las cosas, frustrando el optimismo iluso de las reformas radicales. De toda revolución doctrinaria, la realidad histórica sólo deja substituir, al fin de cuentas, aquella parte que contenía de valor real, incorporándola al orden tradicional de la realidad eterna. Todo lo otro, puro ideologismo, pasa en el rápido torbellino de sus violencias.

Ahí está la historia de las revoluciones para comprobarlo, incluso la más típica de ellas, la Francesa, que ha sido también la más vana de las revoluciones; pues, lo positivo que de ella quedó, es precisamente lo que no necesitaba, para ser, de la orgía revolucionaria. Y todo lo demás fué mera retórica.

Las cosas han ocurrido siempre y seguirán ocurriendo muy de otra manera. Todo se ha ido transformando completamente en la historia, pues el tiempo no tiene la prisa del hombre. Proceso evolutivo continuo y semejante a una corriente vital siempre idéntica a sí misma, y siempre distinta, en la que nada muere y todo se va renovando.

Esta continuidad tiene un sentido de tradición y de herencia, que es la vida misma espiritual de los pueblos y de las civilizaciones. Valores tan viejos como los siglos viven aún en nuestra conciencia y actúan en la cultura. Formas de vida que nos llegan desde la Edad Media, y desde más lejos aún, desde el Mundo Antiguo, integran nuestra alma y nuestra realidad; han venido viajando en aquella corriente viva de la historia, transmitiéndose, adaptándose.

La ley parece ser una constante tradición, a través de un constante devenir. Tradición y devenir, he ahí los dos términos de un proceso intrahistórico, que nada tiene del mecanismo económico de la dialéctica marxista, sino más bien de aquella "metaformosis" goethiana, en que la Biología se abisma en el misterio inefable de lo metafísico.

La actual crisis de la civilización es, indudablemente, signo de que algo tiene que cambiar. La conciencia del siglo reacciona contra los errores racionalistas del inmediato pasado, rectificando sus directivas funestas. Ciertos valores sofisticados de la cultura intelectual heredada del Ochocientos han caducado sin remisión; ciertas formas artificiosas fundadas en esos falsos valores están en quiebra.

Pero la transformación a operarse no será, ciertamente, en el sentido de consagrar un nuevo error del teoricismo dialéctico, sino, por el contrario, de poner término al ciclo teorícista, que se desarrolló sobre las categorías valorativas abstractas del racionalismo, volviendo a la tradición secular del orden realista de la vida.

Un retorno de hijo pródigo al orden de la realidad eterna; una restauración de los valores permanentes de la vida y del espíritu; una reanudación del proceso tradicional de la civilización de Occidente; tal el imperativo de nuestra hora.

En antítesis con el materialismo marxista, la vida y la cultura, en todas sus formas, han de tomar un sentido profundamente espiritual, religioso, imponiendo a los factores de la inmediata realidad física, económica, los estímulos de orden profético.

Una preeminencia de los valores espirituales —espirituales, y no meramente intelectuales, como ahora se entiende— dará a la historia del próximo devenir, significación fundamentalmente distinta a la de la época racionalista en cuyo ocaso nos hallamos.

Una afirmación pragmática del espíritu humano —espíritu y realidad en simbiosis histórica— es lo que nos espera; realismo espiritual, y no económico, como pretende el marxismo en su dialéctica tan ficticia como grosera; espiritualismo realista, y no abstractivo y palabrero, como el que cultivó el idealismo racionalista de este ciclo de la cultura libresca que trasponemos.

XLV

LA DEMOCRACIA Y LOS INTELECTUALES

La mayoría de los intelectuales —en todo el mundo occidental— ha asumido una actitud de "defensa de la Democracia", frente al peligro de los despotismos totalitarios. Esta actitud de la mayoría intelectual ha traído una revaloración ocasional del régimen de la Democracia política, que a principios de este siglo había sufrido una profunda baja de valores, en el plano intelectual precisamente.

Aquella desvalorización intelectual era el efecto del desengaño mismo que la práctica del régimen democrático había producido en el seno más sensible de la cultura occidental, después de un siglo de ensayos en las más importantes repúblicas; Francia y los Estados Unidos principalmente.

Se descartaba la experiencia del sistema en las repúblicas de la América latina, por considerarse que actuaban aquí ciertos factores de barbarie temporal, que desplazaban el problema hacia soluciones de simple progreso. Las repúblicas iberoamericanas no habrían llegado todavía al grado de civilización necesario para que el régimen democrático pudiera funcionar normalmente. Su experiencia histórica no podía, pues, servir de ejemplo; y se la dejaba de lado, no sin hacerse, a costa de nuestra barbarie política, ironías humillantes.

No es, en verdad, que ese estado de "barbarie" no existiera, en ciertos aspectos de la vida iberoamericana, si se la compara con la de Europa o los Estados Unidos. Pero nos acostumbramos demasiado a atribuir a esa falta de civilidad política, el fracaso absoluto del sistema democrático constitucional en nuestras repúblicas. Y fué tópico obligado —lo sigue siendo aún en ciertos sectores de cultura normalista— el mentar como ejemplos de democracias perfectas, frente a nuestra incivilidad subversiva, a aquellas dos grandes repúblicas; porque de la única cosa que el normalismo doctrinal

no podía dudar, ni puede dudar aún, es de la excelencia misma del sistema, cuyo dogma jurídico se ha tenido por intangible.

Pero la cultura normalista no es la de las élites intelectuales; o, al menos, no lo era hasta ha poco, pues ahora las condiciones de guerra civil que imperan en todas partes han confundido en mucho ambos planos, determinando un cierto nivelamiento de conceptos, por vulgarización de las minorías.

Y de ahí que veamos hoy a las élites intelectuales haciendo suyos ciertos preceptos del dogmatismo democrático que ya habían caído en descrédito en el primer cuarto del siglo.

Releyendo a los escritores más representativos del período de anteguerra, compruébese cómo coinciden y abundan en testimonios de ese apartamiento de la conciencia intelectual con respecto al dogma democrático, debido a los terribles vicios del sistema y a su influencia funesta sobre la función de las categorías selectivas, suplantadas por el hecho brutal del predominio de la mediocracia. Llegó un momento en que, hablar de Democracia —al menos en su forma corriente— en el seno de los ambientes intelectuales de cierta alcurnia, era prueba de escasa cultura y de vulgaridad de espíritu.

En la actualidad, las cosas han cambiado totalmente. Es en el seno de los mismos congresos de intelectuales, de escritores, donde se proclama la necesidad de sostener el régimen democrático liberal. ¿Qué es lo que ha podido hacer olvidar a los intelectuales de esta hora del mundo —algunos de los cuales, hombres maduros, vivieron aquella otra hora tan distinta— el descrédito en que había caído el positivismo democrático, considerado en el plano de los altos valores de la ética y de la cultura humanas?... ¿Por qué es que ahora se les reivindica y proclama, en nombre de la cultura y del espíritu, precisamente?...

La explicación del fenómeno es una sola: lo que el intelectual defiende en este momento histórico es la libertad de la personalidad humana ante el peligro de los regímenes to-

totalitarios —extremismos de izquierda y de derecha— que significan el sometimiento integral del individuo a las disciplinas dictatoriales del Estado.

En principio, esta actitud del intelectual contemporáneo parece perfectamente justificada, pues ningún valor, ni aun necesidad alguna, es más importante para el espíritu humano que la libertad misma. Y he aquí que la Democracia, con todos sus gravísimos defectos, con sus horrendos vicios, mantiene en pie, por lo menos, esa condición de la libertad del hombre con respecto al Estado, en aquella amplia medida que es compatible con determinado orden social.

XLVI

LA ENCRUCIJADA DE LAS DICTADURAS

Pero he aquí también que no basta esa justificación en principio, si, prácticamente, los hechos no la confirmaran. Tal es lo que ocurre, en realidad. Esa posición de los intelectuales es meramente teórica, por cuanto es insostenible en las condiciones reales del momento histórico que atravesamos. No es un problema de doctrina el que está planteado, sino un problema de hechos.

El centro de equilibrio equidistante de los antagonismos en pugna es un punto abstracto, es una idea. En la realidad imperativa del hecho histórico contemporáneo, todo el campo político-social está dividido en dos vertientes opuestas, cuya tendencia es determinada por los antagonismos totalitarios. Prácticamente, no hay centro; no hay sino derecha e izquierda; y ambos lados son los campos de gravitación de las fuerzas en pugna. Todo izquierdismo conduce fatalmente al predominio marxista y a la crisis revolucionaria; todo derechismo lleva a admitir, en mayor o menor grado, ciertas formas fascísticas. Y esto es así, aun cuando no todos se den cuenta del hecho.

Ciertamente, muchos son los llamados intelectuales, que

tienen perfecta conciencia de esta realidad, porque son, en el fondo, marxistas, y tienden hacia Moscú, aun cuando operan sobre una fórmula inmediata de Democracia, invocando el principio de la libertad contra el peligro totalitario. Pero muchos son, también, los que actúan en el campo de gravitación marxista, creyendo de buena fe defender la libertad política democrática, frente al peligro de ambos estatismos dictatoriales.

Es preciso darse cuenta cabal de que, en verdad, son muy pocos los que defienden sinceramente la libertad política y espiritual. La mayoría, lo que defiende es una tendencia doctrinaria; y la libertad que invocan no es más que el camino abierto para poder llegar a la imposición de esa tendencia.

Casi todos son, en el fondo, dictatoriales, siempre que se trate de la dictadura de sus propias tendencias. Porque todo en el mundo tiende actualmente, en cierto modo, hacia la dictadura. Casi nadie tiene como fin la libertad misma, a menos que se trate de un fin último; lo que se quiere, como fin inmediato, es la posesión del poder público, instrumento de imposición de doctrina.

Llegado el caso de que las fuerzas democráticas que actúan dentro del campo de gravitación izquierdista, por ejemplo, conquisten el gobierno, muy pronto la minoría netamente republicana centrista se ve sobrepasada por las tendencias más radicales, y éstas, a su vez, desplazadas por el predominio de los elementos revolucionarios. La crisis violenta se hace entonces inevitable. Revolución y reacción chocan abiertamente. Es el caso de España.

Para que la minoría centrista —la del equilibrio— pudiera mantener su posición gubernativa estrictamente democrático-liberal, tendría que adoptar fuertes medidas de defensa contra los propios elementos revolucionarios que actúan dentro del campo político democrático, convirtiéndose automáticamente en "gobierno fuerte", es decir, instaurando

una semidictadura democrática. Las contradicciones y los paradojas asaltan por todos lados.

XLVII

EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD

La lucha de los intelectuales por la libertad política del mundo es, en esta hora, la más trágica de las luchas; el terreno en que actúan tiene declives peligrosísimos y fatales hacia alguna de las formas antagónicas del despotismo estatal.

El camino de la libertad es hoy tan estrecho "como el filo de una espada"; y el primer peligro es cortarse con ese filo. Tan trágica es esa lucha, que, en casi todos los casos, el intelectual que defiende sinceramente el principio de la libertad, contra determinada forma de despotismo, sólo ve el enemigo que tiene al frente, pero no el que tiene a la espalda, dentro del propio campo político en que actúa. Y así, luchando de buena fe, en defensa de la libertad, suele luchar indirectamente por el probable predominio del despotismo que avanza detrás de él. Sin quererlo, y aun sin saberlo, pero también sin poderlo evitar, su acción abre paso al monstruo que ha de aplastarlo.

Mas, si la posición democrática pura se va tornando más peligrosamente crítica cada día, porque la tempestad de las fuerzas históricas arrecia, y si en los hechos el centro de equilibrio demo-liberal es un asunto casi abstracto, por cuanto todo tiende a definirse en los campos de gravitación antagónicos, lo verdaderamente razonable y positivo sería adoptar conscientemente, de acuerdo con las condiciones imperiosas de la realidad, aquella posición práctica, relativa, más concordante con los fines; es decir, que conserve y garantice las libertades primarias del hombre, sin las cuales la personalidad humana pierde su categoría ontológica.

¿Cuál sería esa posición práctica para el intelectual que verdaderamente luche por los fueros de la personalidad humana, y no por el triunfo de una ideología exclusiva —sea fascista o marxista—, a cuyo predominio está dispuesto a sacrificar la libertad misma, y, sobre todo, la libertad de los que no están con él?...

Esta pregunta es oportuna, porque, en verdad, hay muchos que invocan la libertad para servirse de ella, no para servirla. La libertad corre el riesgo de ser traicionada por los mismos que la defienden. Su amigo en el campo de la lucha, suele trocarse en su enemigo en el poder...

La libertad democrática, en la forma típica que alcanzó en las democracias constitucionales de hace un cuarto de siglo, se presenta de más en más imposible, porque el llamado liberalismo político se halla en conflicto agudo de incompatibilidades con las condiciones de la realidad histórica presente. La crisis del liberalismo democrático tiende a agravarse, universalizándose rápidamente, bajo la presión creciente de los factores del mal. Querer sostenerse en esa posición es, pues, prácticamente inútil.

El liberalismo democrático en su integridad, ya no puede ser salvado. Sólo cabe aún salvar aquella parte de la libertad que, siendo fundamental a la personalidad humana y a los valores superiores de la cultura, es compatible con la coexistencia de un régimen gubernativo lo suficientemente fuerte en sus facultades para poder conjurar el peligro de los despotismos totalistas.

Un cierto grado de restricción de la libertad es necesario para poder salvaguardar la libertad misma, en aquella parte que es más necesaria al hombre y a la cultura. La libertad política plena, en las condiciones actuales, conduce inevitablemente a la pérdida total de la libertad, porque hace posible el predominio de los despotismos ideológicos absolutistas, sean de izquierda o derecha.

Un gobierno de "orden" que sepa mantenerse en aquel límite prudente entre la libertad y la autoridad, y que cierre

resueltamente el camino a los absolutismos ideológicos, sin llegar a convertirse él mismo en absolutista... ¿es ello posible? Los despotismos totalitarios serán evitables únicamente en la medida en que tal solución puede ser efectiva.

Se objetará que tal solución implica ya un régimen que no es plenamente democrático. En el plano de la ortodoxia, la objeción es innegable. Pero ya hemos visto que, prácticamente, la ortodoxia ha caducado; y persistir en ella es recalcitrancia contraproducente.

XLVIII

EL ORDEN NECESARIO

El análisis interno —espectral diría Keyserling— de la realidad política contemporánea nos presenta este hecho: el peligro fascista no existe propiamente como tal, allí donde el marxismo revolucionario no existe, a su vez, como tal peligro; pues, aquél aparece por reacción contrarrevolucionaria a la actividad revolucionaria de éste, y siendo, además, la fuerza de réplica del primero, proporcional a la mayor o menor virulencia del segundo. Por tanto, eliminando hasta donde sea necesario la acción del marxismo revolucionario, ya sea franca, ya subrepticia, queda casi automáticamente descartada la actividad de su antagonista totalitario, y suprimida la antítesis dialéctica.

Se argüirá que, de acuerdo con la definición dialéctica anterior, el resultado sería el mismo si se invirtieran los términos. Eliminado el peligro fascista —por la acción de un gobierno de izquierda—, ¿no desaparecería también el otro peligro de su antagonista, el marxismo revolucionario? Respondemos que no; porque el marxismo revolucionario tiene en sí mismo su razón de existencia; el marxismo es una doctrina que se arroga a sí misma la función histórica de superar a la Democracia "burguesa", instaurando el Estado proletario. Su existencia y su acción no dependen del Fascis-

mo; y su lucha final no es contra el Fascismo, sino contra el régimen democrático "capitalista". El Fascismo es sólo el enemigo ocasional del marxismo, contra el cual concentra en este momento su táctica. Eliminado el Fascismo, su acción se dirigiría entonces íntegramente contra la Democracia "burguesa", que es la Democracia liberal, tal como la conocemos; la Democracia que hace capítulo principal de la libertad política y supone su corolario, la libertad económica. ¿No dijo Lenin que la libertad era "una palabra burguesa"?...

Un gobierno de izquierda, que necesariamente tiene que ser hoy un gobierno de tendencia marxista, tendría que enfrentarse, una vez eliminado —por medidas despóticas— el peligro fascista, con el otro peligro, el revolucionario, injertado dentro de su propia coalición. Lo que actualmente contiene el marxismo en su acción francamente revolucionaria, antiburguesa, y por tanto, antidemocrática, es precisamente la presencia del Fascismo, más o menos definido, contra el cual hace alianza con la burguesía liberal, enajenando ocasionalmente sus finalidades revolucionarias. Pues, señalamos una vez más, toda política democrática está hoy supeditada al juego de los antagonismos antidemocráticos.

La existencia o la intensidad del Fascismo dependen, en cambio, de las de su antagonista, puesto que, siendo contrarrevolucionaria su índole y su función, su razón de ser está en la existencia del factor revolucionario. De ahí que la eliminación de este factor —si puede producirse a tiempo, es decir, antes de que la contrarrevolución fascista sea inevitable— garantice el mantenimiento de un orden no totalitario.

La Democracia está en situación semejante a la de un barco en peligro, cuyo recurso de salvación es aligerar su carga, arrojando muchas cosas por la borda. El socorrido símil de la nave del Estado se nos presenta esta vez bajo la circunstancia trágica de un dilema: o se aligera, o se hunde.

La Democracia, conforme a sus principios constitucionales ortodoxos, no puede subsistir ya en las condiciones actuales del mundo. Para subsistir tiene que cambiar de for-

mas; tiene que dejar de ser o de pretender ser, con arreglo a sus tradicionales normas teóricas, para reconstruirse sobre un plano de realismo pragmático. La heterodoxia pragmática es inevitable. Al imperio de los principios de razón sustituye el imperio de los principios de realidad necesaria. La vida política del mundo está hoy bajo la ley de la necesidad, que impone transformarse o perecer.

XLIX

ESTATISMO Y PERSONALIDAD

El terrible problema que se plantea en la conciencia del hombre de nuestro tiempo, frente a las actuales condiciones históricas, no es tanto el de la libertad política, cuanto el de la espiritual. La libertad política no es un valor categórico, pues sólo existe en relación con la estructura y funcionamiento del sistema de la propia Democracia política, forma correspondiente a determinado período de la civilización contemporánea.

No siendo un valor categórico, no es válido en sí mismo, no es inherente y necesario a la naturaleza y finalidad del ente humano ni de su civilización. En un régimen de organización estatal distinto, esa clase de libertad, tal como hoy se ejerce prácticamente, puede carecer de toda función, o cuando menos, perder la importancia preponderante que hoy tiene. Y esa pérdida de importancia o de función puede acaecer sin que por ello se resientan, en lo sustantivo, las libertades fundamentales que el ser y la cultura requieren verdaderamente para su existencia y su desarrollo.

Cuando hoy se habla de libertad, se entiende hablar de libertad política, como si fuese la casi exclusivamente valiosa, o la valiosa por excelencia. Pero esto no es más que un vicio formalista de la cultura predominantemente política de nuestra época; y en todo caso, una sugestión producida por

las condiciones propias del funcionamiento del sistema político "democrático".

La verdadera libertad, aquella que es fundamentalmente necesaria, es la que atañe a la personalidad humana. La libertad necesaria —categórica— es la que permite al hombre el desenvolvimiento de sí mismo, de sus virtualidades intrínsecas, de sus finalidades propias, respetando todas las modalidades singulares del ser; porque éstas son las fuerzas que operan la evolución del hombre y de la cultura.

El problema terrible está, pues, en el conflicto, que hoy se plantea en todo el mundo, entre la Sociedad y el Individuo, entre el Estado y el Hombre, entre la Historia y el Espíritu. Pues los regímenes estatales totalitarios tienden a extenderse, de uno o de otro lado; y la misma Democracia política en que bien o mal hemos vivido hasta ahora, tiende también a caer, en mayor o menor grado, hacia uno u otro lado de los despotismos totalitarios.

Y el totalismo estadual, tal como le conocemos en sus opuestas manifestaciones —marxismo y fascismo, revolución y contrarrevolución—, ejerce su dictadura oficial sobre todas las actividades públicas del individuo y de las agrupaciones, no sólo de las de índole política y económica, sino también de las de orden moral y estético. Una tendencia exclusivista, dogmática, somete a opuestas finalidades toda producción del pensamiento o del gusto, considerándolas como una función social, pues ninguna función social puede estar fuera del contralor orgánico del Estado.

Este sometimiento absoluto de la vida a la razón del Estado —la vida pública, al menos, pues la privada, la íntima, no entra en esta especie de cosa estadual, siendo de suyo inalienable— es, sin duda, una condición contraria a la naturaleza misma del hombre, pues anula el valor de la personalidad, en cuanto ésta significa ella misma una realidad viviente de orden superior, cuyos fueros son inembarcables.

Entre el ente Estado y el ente Persona es necesario que

exista una delimitación de derechos y de deberes. Pero esta delimitación no puede ser definitivamente establecida por una doctrina de fórmulas jurídicas, estrictas, universal y permanentemente válidas.

Esa delimitación, variable, puesto que es alyo vivo, depende de la realidad histórica misma, según la diversidad de condiciones de cada pueblo en cada período de su vida. Hay momentos en que todo está sometido a la razón de Estado, porque el Estado mismo, órgano imperativo de la entidad nacional, está en trance de lucha por la existencia, frente a ciertas circunstancias históricas determinadas. La sociedad absorbe al individuo. Cuando estas condiciones críticas han pasado, o han menguado sus rigores, el fuero personal torna a gozar de mayores amplitudes, volviendo a lo que podríamos llamar su libertad normal.

L

EL ESTADO Y LA CULTURA

Mas no se trata aquí —y es indispensable el entenderlo— del Estado integrativo, como una forma única, universal y dogmática de orden político-social, tal como lo ha sido —y aun lo es— la Democracia política. Tal concepción dogmática, universalista, significaría incurrir en otro error semejante, aunque contrario, al del dogmatismo teórico racionalista de esta última.

La concepción pragmática del Estado es fundamentalmente realista, por cuanto se va determinando por los factores mismos de la realidad histórica, según las naciones y según las circunstancias. Su plasticidad viva —en perpetuo devenir—, relativa, contingente, rechaza todo patrón uniforme y definitivo, que pretenda fijarle normas de valor absoluto. Cada país tiene sus caracteres, sus necesidades, sus problemas, sus situaciones, así internas como externas, algunas permanentes, otras variables; completamente propias, singulares; y es en virtud de estos factores reales, di-

versos, que se va configurando el cuadro de su morfología política, concretada en el funcionamiento estadual.

Así, pues, las relaciones entre el derecho del Estado y el derecho del individuo, entre la libertad personal y la necesidad social, serán diversas en todas partes y en todo tiempo. Quien pretenda someterlas a una norma dogmática, incurre en aberración racionalista.

La libertad de acción que primero requiere someterse a la necesidad del Estado es la política; luego, la económica; sólo en tercer término viene la cultura; y aun dentro de estas tres categorías de integración estatal, hay gradaciones muy diversas. Ningún Estado —ni aun los que funcionan dentro de las formalidades democráticas— deja de ejercer una ~~mayor o menor~~ dirección sobre esas tres categorías de actividad.

Toda libertad está limitada, porque si no el orden social sería imposible. El orden social no es sino una limitación de derechos particulares en relación con el derecho común. El grado y la forma en que esta limitación se ejerce sólo han de determinarlo las condiciones reales y circunstanciales de cada sociedad nacional. Pero, dado su carácter extra-

ordinario y de angustia, la supresión de la libertad personal en este último aspecto sólo puede ser muy precaria en cada momento relativo de su historia.

La privación de las libertades espirituales —en el orden objetivo— es, pues, la última y la más excepcional de las prerrogativas necesarias del Estado, en un régimen político fundamentalmente pragmático, como el que, sin duda, está destinado a prevalecer en el futuro próximo.

Pero, en ningún caso, el Estado podría desprenderse de la función que por necesidad le atañe: ejercer una dirección tutelar sobre la cultura pública, sobre la educación de la masa social. Dado que, todas las manifestaciones de la cultura intelectual —filosóficas, religiosas, estéticas— ejercen viva influencia sobre la conciencia general de la masa que las recibe, y sobre los individuos en particular, el Estado no

puede dejar librados los efectos de esas influencias al arbitrio de la demagogia.

En efecto, existe también una demagogia cultural, de resultados no menos perniciosos que la política, ya que ambas conducen al desorden mental y al desquiciamiento práctico. El Estado tiene por función y por deber defender a la masa social, al pueblo, de la nociva licencia de la cultura —de la seudocultura—, caída en manos del intelectualismo demagógico —charlatanería de la cultura—, ejerciendo una supervigilancia eficiente.

La cultura dirigida —en cuanto respecta al pueblo, a la masa— es una necesidad pragmática de esta hora del mundo, al mismo título que la economía dirigida. Pueblo, masa, decimos; pues en este punto, como en todos los demás, es preciso no olvidar las diferencias reales de categorías del ser, dejando a un lado la ingenua utopia igualitaria del racionalismo teórico. La cultura popular dirigida no debe afectar a aquella superior libertad de los espíritus, que es la virtud creadora de la cultura, sin la cual se caería en el bizantinismo estéril de la letra.

II

EL HOMBRE Y EL CIUDADANO

Adviértase, sin embargo, que el régimen estatal, en cuanto signifique absorción absoluta de la personalidad humana por las funciones del Estado, no puede ser un régimen estable, puesto que supone una posición forzada del individuo, una situación violenta. Sólo puede ser posible como el imperativo de un momento político extraordinario, en que el Estado requiere una disciplina total de todos los elementos sociales, una especie de militarización de toda actividad, a los fines de su acción, y tal como ocurre cuando una nación se halla en estado de guerra, interna o externa.

Y verdaderamente, si bien se observa, se percibe que

las naciones en las que actualmente impera el totalitarismo —comprendiendo no sólo la actividad político-económica, sino también la espiritual— se hallan como en pie de guerra, por la tensión de su actividad frente a las circunstancias históricas. Además, una profunda revolución política acaba de realizarse en su seno —mejor dicho, una contrarrevolución—, y la agudeza de la tensión interna determina una situación de anormalidad, que requiere disciplinas enérgicas.

No hacemos esta comprobación con el fin de justificar nada; nuestro fin es comprobar que tal situación sería insostenible, y ni siquiera se hubiera producido, si no mediaram esas condiciones históricas extraordinarias. Pues el totalitarismo estatal, así concebido, organizado como disciplina militar de la nación, no puede ser doctrina de valor permanente. Y no puede serlo, no ya por las razones de Derecho constitucional teórico que invocan los juristas de la Democracia dogmática, sino porque es contrario a la realidad normal y equilibrada del hombre, cuya vida no puede encajar totalmente dentro de las funciones del Estado.

El ciudadano no es todo el hombre, sino una parte de él: la parte en que el hombre se relaciona necesariamente con la vida colectiva de la nación. Sin un margen de libertad personal, la vida del individuo humano se automatiza y pierde las virtudes del propio albedrío, convirtiéndose en mera célula gregaria de un organismo, depositario de toda voluntad. La conciencia de "masa" sustituye enteramente a la conciencia de la personalidad. La personalidad misma se anula, refundiéndose en una entidad cósmica. Y esto es opuesto a la naturaleza y a los fines de la vida humana; y no sólo a los fines superiores, espirituales, sino a los mismos fines prácticos, que interesan más directamente al Estado.

Naturalmente que este imperativo condicional de la libertad de la persona humana —del hombre excediendo al ciudadano— crece con la categoría de la persona misma. La "masa" vulgar, que sólo posee una conciencia colectiva, conciencia cultural y política de "masa", vive mejor dentro

de esa disciplina totalitaria del Estado, que el individuo de selección; y aun podría asegurarse que tal es su condición apropiada.

El individuo de selección, la minoría de más definida conciencia personal, la élite de más aguda singularidad de espíritu, sufre dentro de esa disciplina totalitaria y procura libertarse de ella en la medida que le es necesaria a su propio destino ontológico. El estatismo implica para la minoría más personal una verdadera tiranía; no así para la masa, cuyo común denominador psicológico y económico ha menester en mucho menor grado de esa clase de libertad.

Pero el individuo de selección está obligado, en ciertos momentos, a aceptar la tiranía de esa disciplina común del Estado —que, en último término, es la de la "masa"—, y sólo puede evadirse de la angustia, asumiendo voluntariamente, como un duro deber, la disciplina militar colectiva, impuesta por las necesidades históricas del Estado. Mas, ello sólo puede ser en determinadas circunstancias históricas, que también importan una fatalidad, porque nadie elige la hora ni el país de nacer.

La ley normal de la realidad humana —que no es sólo realidad económica y política, sino espiritual— exige que la estructura disciplinaria del Estado posea aquel margen de libertad personal, lo más amplio posible, donde se desenvuelva lo que hay de virtud singular —y no estatal— en la personalidad del ciudadano. Por eso, no creemos destinada a prevalecer, como forma estable, la tesis totalitaria actual del Fascismo, en cuanto pretende que "el individuo no existe sino como miembro del Estado"; y que "fuera del Estado no existe nada".

LII

EL SENTIDO RELIGIOSO DE LA VIDA

Una última observación antes de dar término a este somero juicio del fenómeno político en nuestro siglo, enca-

rado en sus rasgos más generales (y dejando para otra vez la consideración especial del problema en los países de América).

El lector inteligente se habrá preguntado —o por lo menos debiera haberse preguntado— si este concepto pragmático del Estado, que hemos expuesto, no excluye toda aspiración o todo sentido ideal de la vida pública de las naciones —y por tanto, de la civilización misma—; y si tal supuesta exclusión no es contraria a la esencia de la cultura y a la naturaleza del espíritu humano.

La objeción es casi obligada, por cuanto al descartar de la organización estatal de las sociedades aquellos "valores" del idealismo racionalista que postulaban el dogma de la Democracia política, parece que ha quedado ahí un lugar vacío: el lugar del espíritu precisamente. El Estado sería entonces "el más frío de los monstruos", como decía Nietzsche; y semejante también a aquella posada del Evangelio, donde no había lugar para el Cristo.

Pero, ¿es que la situación espiritual del hombre contemporáneo es tan indigente y afligida que necesita recurrir forzosamente a la asistencia de aquellos valores ficticios del idealismo racionalista para cubrir su desnudez vergonzante?... A falta de la verdad, ¿buscará refugio en la mentira?... No pudiendo edificar su vivienda con piedra firme, ¿ha de hacerlo, al menos, con hojas de papel?... No teniendo dios a quien adorar en sus templos, ¿adorará ídolos ideológicos?...

Verdaderamente, la situación espiritual del hombre contemporáneo —de este "homo sapiens" pedantesco de la cultura racionalista, que trasponemos— es, en el fondo de su realidad, a tal punto indigente y afligida, porque su pueril soberbia y su vana presunción le han apartado de aquellas supremas "razones del corazón que la Razón no conoce", tal como dijo el más profundo de los pensadores modernos.

El diletantismo intelectual de nuestro tiempo, arte de la simulación literaria, mezcla de pedagogía y charlatanismo,

que usa y abusa de todas las citas, adornándose con ellas, ha divulgado la expresión pascaliana, sin poder hincarle el diente. Como frutos que guardan sus preciosas esencias, las grandes verdades espirituales ruedan de libro en libro, en ese juego superficial y promiscuo de la seudocultura, sin que el ser pueda nutrirse de ellas.

Pues, aunque, como dijo otro maestro, "la cultura es una categoría del ser", en la realidad claudicante de nuestro intelectualismo libresco no es más que una vanidad del saber. Y no, por cierto, de aquel "saber no sabiendo" que exaltó el místico castellano, y que es precisamente lo contrario de este "no saber sabiendo" que ahora es el modo de nuestra falsa cultura universitaria y standard.

Sin embargo, en la expresión de Pascal está la clave del problema. Hay que volver al sentido religioso de la vida, si se quiere dar a la vida un sentido más alto y un fundamento más firme que estos que ha tenido bajo la égida sofística del racionalismo.

Porque el sentido religioso de la vida es algo tan esencialmente (y formalmente) distinto al individualismo burgués del siglo XIX, como al materialismo marxista, aborto de este siglo. Pero es también distinto, en su esencia y en su forma, al idealismo racionalista, de cuyos principios abstractos — senos ya agotados — se nutre la Democracia política en decadencia.

El valor religioso es una realidad del sentimiento, tan experimental como las realidades históricas, pero mucho más esencial que éstas; y más inmediata.

A diferencia de los valores del idealismo intelectual, que son meros conceptos dialécticos, los valores del sentimiento religioso son vivencias del ser; tienen su raíz y su substancia en la realidad ontológica del hombre; por eso armonizan y complementan la concepción realista del mundo; son las realidades fundamentales y perennes de otro plano, del plano de los valores eternos, superior al de la realidad objetiva de los fenómenos; pero necesario a la conciencia y

al mundo, porque es el que da sentido a la realidad temporal.

Por atrofia de la conciencia religiosa —experiencia que quizás ha sido necesaria a la humanidad—, la cultura del período racionalista que tramontamos ha tenido que inventar esas categorías de valores ficticios, elaborados con la subestancia abstracta de la dialéctica; tan fríos, que sólo la embriaguez desesperada del romanticismo pudo prestarles la vida literaria de su fiebre.

El renacimiento de la conciencia religiosa —cuya más cabal y concreta expresión es el Cristianismo— devolverá a la vida los verdaderos valores espirituales que le son menester; y a la cultura occidental —enferma de intelectuallismo—, el orden moral positivo, integrante de la realidad humana.

Y en cuanto al orden social-político del Estado, ha de ser aplicable la sentencia de San Agustín, referente al orden religioso, que aconseja: en lo necesario, la unidad; en lo demás, la libertad; en todo, la Caridad.

Existe un plano de lo necesario en la vida objetiva, donde toda actividad del individuo debe estar sujeta a la disciplina colectiva y funcional del Estado; fuera de ello, existe el reino inmenso... de "lo demás", que es el de la libre manifestación de la personalidad humana. Ambos términos son perfectamente armónicos —y aun recíprocamente complementarios—; y de su coexistencia y equilibrio nace la verdadera norma constitucional de los pueblos.

Mas, la vida de las naciones no sería sino un complejo inferior de utilitarismo y materialidad —y el Estado "el más frío de los monstruos"—, si el espíritu de la Caridad no alentara y asistiera en todo, dando —así a aquello que es de la libertad, como a lo que es de la necesidad— un sentido superior y profundamente humano.

F I N





INDICE DE LOS PARAGRAFOS

<i>Capítulo</i>	<i>Pág.</i>
Nota preliminar	9

P R I M E R A P A R T E

LA COMEDIA DE LA DEMOCRACIA

I.— Signo pragmático de nuestra hora	15
II.— La angustia de la Civilización contemporánea	16
III.— Necesidad de una revisión de conceptos	17
IV.— Conflicto entre los Principios y la Realidad	19
V.— Quiebra de la razón teórica	21
VI.— Positivismo e Idealismo	24
VII.— El principio de la Igualdad Humana	26
VIII.— La realidad viva y las estructuras racionales	29
IX.— Valores ficticios de nuestra cultura	31
X.— La experiencia histórica	32
XI.— El criterio científico	34
XII.— Automatismos conceptuales de la época	36
XIII.— Saliendo de la órbita racionalista	38
XIV.— Juego burlesco del hecho y de la teoría	40
XV.— La subversión necesaria	42
XVI.— Paradojas culturales	44
XVII.— El bergsonismo, una nebulosa	45
XVIII.— La función del Intelecto	46
XIX.— El paralogismo universalista de la Democracia	48
XX.— Determinación de la morfología política	50
XXI.— La comedia del parlamentarismo	51
XXII.— Ficción de la soberanía popular	53
XXIII.— La ley moral y la ley biológica	55
XXIV.— Porvenir de la Sociología	58

Capítulo	Pág.
XXV.— La falacia del sufragio universal	60
XXVI.— Lo único real es la función	63
XXVII.— Inentidad de los partidos de opinión	65
XXVIII.— La máscara de los Principios	67
XXIX.— La verdad pragmática	69
XXX.— Nuevos conceptos del Derecho Público	71
XXXI.— Fenomenología política de las naciones	73
XXXII.— Despertar a un realismo profundo	74

SEGUNDA PARTE

LA TRAGEDIA DE LA DEMOCRACIA

XXXIII.— Revolución y Contrarrevolución	81
XXXIV.— La izquierda, envoltura marxista	83
XXXV.— El dilema angustioso de las democracias	85
XXXVI.— Las fuerzas operantes del proceso	88
XXXVII.— Destino político de los llamados "Frentes Populares"	90
XXXVIII.— El ejemplo de España	92
XXXIX.— Conciencia de la realidad	93
XL.— Posición insostenible de la democracia	95
XLI.— Hacia otras formas del Estado	98
XLII.— Función de las clases sociales	99
XLIII.— Fin del materialismo dialéctico	101
XLIV.— Tradición y Devenir	103
XLV.— La Democracia y los Intelectuales	106
XLVI.— La encrucijada de las Dictaduras	108
XLVII.— El problema de la Libertad	110
XLVIII.— El orden necesario	112
XLIX.— Estatismo y Personalidad	114
L.— El Estado y la Cultura	116
LI.— El Hombre y el Ciudadano	118
LII.— El sentido religioso de la Vida	121

1

2

3

4

BIBLIOTECA DE CULTURA

HISTORIA LITERARIA DE EUROPA,
por Paul Van Tieghem.

LIBERTAD Y ORGANIZACION,
por Bertrand Russell.

BIOLOGIA Y MARXISMO,
por Marcel Prenant.

MATERIALISMO HISTORICO,
por Nicolás Bujarin.

RELIGION Y CIENCIA,
por Bertrand Russell

LOS CONQUISTADORES ESPAÑOLES,
por F. A. Kirkpatrick.

MEDITACIONES SURAMERICANAS,
por el Conde de Keyserling.

EL RENACIMIENTO,
por Frantz Funck-Brentano.

ESPAÑA VIRGEN,
por Waldo Frank.

**PSICOLOGIA DE LAS MASAS
Y ANALISIS DEL YO,**
por Sigmund Freud.

FREUD Y MARX,
por R. Osborn.

BREVE HISTORIA DE AMERICA,
por Carlos Pereyra.

LA INTELIGENCIA DE LAS FLORES,
por Maurice Maeterlinck.

CARTAS BIOLOGICAS A UNA DAMA,
por J. von Uexküll.

EL OCASO DE LA DEMOCRACIA,
por Alberto Zum Felde.

**PRECIOS: CONSULTAR CATALOGOS
RESPECTIVOS.**

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Bellavista 069. — Casilla 84-D.
Santiago de Chile.



Simbolo de Calidad.

Printed in Chile.